

JOAQUÍN FERNÁNDEZ ABARA*

EN LUCHA CONTRA EL “PULMÓN DE LA CONSPIRACIÓN FASCISTA
EN AMÉRICA LATINA”. LOS COMUNISTAS CHILENOS ANTE EL PROCESO
POLÍTICO ARGENTINO Y EL GOBIERNO DE LA REVOLUCIÓN DE JUNIO
(1943-1946)

RESUMEN

El artículo describe y analiza la interpretación y posición del Partido Comunista de Chile sobre el Gobierno de la Revolución de Junio y el proceso político argentino entre 1943 y 1946, basándose en la revisión de revistas informativas, prensa partidaria, publicaciones teórico doctrinarias y discursos parlamentarios. El texto sostiene que la interpretación que los comunistas chilenos hicieron de dicho fenómeno estuvo marcada por el antifascismo. En este sentido, consideraron al Gobierno de la Revolución de Junio como una experiencia fascista y presionaron porque el gobierno chileno rompiera relaciones con éste y lo aislara internacionalmente. Con dicho fin, impulsaron una importante movilización social, en especial entre obreros e intelectuales. Dicha interpretación influyó en la evaluación que los comunistas chilenos hicieron del incipiente peronismo, generando un progresivo rechazo respecto de dicho régimen.

Palabras claves: Chile, siglo xx, Partido Comunista, Revolución de Junio, Peronismo, Argentina, antifascismo.

ABSTRACT

This article describes and analyzes the Chilean Communist Party's position and interpretation of the Gobierno de la Revolución de Junio and the Argentinean political process from 1943 to 1946 by utilizing general and partisan press, theoretical publications and legislative speeches. The article argues that the Chilean communists' interpretation of this phenomenon was influenced by their anti-fascism. In this manner, they deemed that the Gobierno de la Revolución de Junio was a fascist experience and demanded that the Chilean government cancel diplomatic relations with Argentina and isolate it internationally. To reach the objective, Chilean communists called for social mobilization, especially among urban workers and intellectuals. Those interpretations and attitudes defined the Chilean communists' opinion of incipient Peronism, leading to an increasing conflict with the Peronist regime.

Key Words: Chile, twentieth century, Communist party, Revolución de Junio, Peronism, Argentina, Antifascism

Recibido: Julio 2014.

Aceptado: Diciembre 2014.

* Profesor investigador CIDOC-Escuela de Historia, Universidad Finis Terrae, Chile. Ph.D.© Leiden University, Netherlands. Correo electrónico: jfernandez@uft.cl

INTRODUCCIÓN

Al momento de analizar el modo en que la izquierda chilena ha interpretado a los movimientos nacional-populares latinoamericanos, podemos darnos cuenta que el repertorio bibliográfico existente es muy escaso. Casi la totalidad de la bibliografía sobre la izquierda chilena ha tendido a rescatar el *ethos* universalista presente en dicha corriente, y la fuerte y constante influencia que en ella ejercieron experiencias extranjeras. Sin embargo, la mayor parte de los estudios han centrado su análisis en la influencia ejercida por el modelo soviético y las experiencias de los comunismos occidentales a lo largo del siglo xx corto. Así, las políticas del “tercer periodo”, el antifascismo de la década de 1930, la Segunda Guerra Mundial, los avatares de la Guerra Fría y la caída del Bloque del Este, han concentrado la atención de la mayor parte de los estudiosos de la izquierda. Esta situación se hace notoria en la historiografía referida al Partido Comunista, que casi no se refiere a otras experiencias latinoamericanas antes de la revolución cubana¹. Los estudios sobre las influencias latinoamericanas se han concentrado en las experiencias insurreccionales que gravitaron en la radicalización política de los partidos de izquierda en la segunda mitad del siglo xx, como la recepción de la revolución cubana en el Partido Socialista y su influjo en la formación del MIR durante la década de 1960, y el ascendiente alcanzado por la experiencia sandinista nicaragüense en el proceso de militarización de las estrategias políticas del Partido Comunista bajo la dictadura de Augusto Pinochet².

Esta tónica solo ha sido desafiada por algunos estudios, tanto politológicos como historiográficos referidos al Partido Socialista, en especial en sus años formativos. Dichos estudios se han centrado en las características nacional-populares que habría presentado el Partido Socialista en sus primeros años, y la influencia que en este contexto ejercieron algunas experiencias nacional-populares latinoamericanas, en especial el aprismo, como se ve reflejado en los estudios de Paul Drake, Ignacio Walker y Fabio Moraga³. En esta tónica, cabe tener en cuenta los aportes de Olga Ulianova, quien, en

¹ Andrew Barnard, *The Chilean Communist Party 1922-1947*, Thesis Presented for the Degree of Doctor of Philosophy, London, University of London, 1977; Carmelo Furci, *El Partido Comunista de Chile y la vía al socialismo*, Santiago, Ariadna Ediciones, 2008; Alfredo Riquelme Segovia, *Rojo atardecer. El comunismo chileno entre dictadura y democracia*, Santiago, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, colección Sociedad y Cultura, 2009, vol. XLIX Véanse también los artículos de María Soledad Gómez Chamorro, “Factores nacionales e internacionales de la política interna del Partido Comunista en Chile (1922-1952)”, Boris Yopo, “Las relaciones internacionales del Partido Comunista” y Olga Ulianova, “El comunismo chileno a través de los archivos soviéticos”, todos ellos en Augusto Varas, Alfredo Riquelme y Marcelo Casals (editores), *El Partido Comunista en Chile. Una historia presente*, Santiago, Catalonia-FLACSO-USACH, 2010.

² Marcelo Casals Araya, *El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la “vía chilena al socialismo”. 1956-1970*, Santiago, LOM Ediciones, 2010; Rolando Álvarez Vallejos, *Arriba los pobres del mundo. Cultura e identidad política del Partido Comunista de Chile entre Democracia y Dictadura. 1965-1990*, Santiago, LOM Ediciones, 2011 y Claudio Pérez Silva, *Historia oral e historia política. Izquierda y Lucha Armada en América Latina, 1960-1990*, Santiago, LOM Ediciones, 2012.

³ Paul Drake, *Socialismo y populismo en Chile. 1936-1973*, Valparaíso, Universidad Católica de Valparaíso, 1992; Ignacio Walker, *Del populismo al leninismo y la inevitabilidad del conflicto: el Partido Socialista de Chile. 1933-1973*, Santiago, CIEPLAN, 1986; Fabio Moraga Valle, “¿Un partido indoamericanista en Chile?”,

un estudio sobre la inserción internacional del socialismo chileno, ha resaltado los lazos que unieron al Partido Socialista con el APRA peruano y con Acción Democrática de Venezuela hasta fines de la década de 1950. Del mismo modo, deja en evidencia cómo, en 1950, los socialistas buscaban establecer contactos y alianzas con movimientos nacionalistas del tercer mundo, llegando a apelar a lenguajes políticos similares a los utilizados por el peronismo⁴.

Con respecto a la influencia específica que el peronismo ejerció en Chile y la manera en que las corrientes políticas chilenas leyeron dicha experiencia, las investigaciones se han centrado en la influencia que habría ejercido en el ibañismo⁵. Sin embargo, no existen investigaciones monográficas específicas destinadas a conocer el modo en que la izquierda chilena interpretó al peronismo.

A través de este artículo pretendemos realizar un primer aporte con el fin de contribuir a la superación de dicho vacío historiográfico. Con este propósito, nos hemos puesto como objetivo describir y analizar la interpretación y la posición del Partido Comunista de Chile ante el Gobierno de la Revolución de Junio, es decir, la sucesión de gobiernos militares que tuvo lugar en Argentina entre 1943, tras el golpe de Estado del 4 de junio, y 1946, cuando Juan Domingo Perón asumió la presidencia de la nación. Centrarse en el Gobierno de la Revolución de Junio es fundamental, pues es el proceso político seminal desde donde emergió el liderazgo de Juan Domingo Perón, y el modo en que este fue entendido marcó la forma en que fue interpretado el peronismo.

Planteamos que la interpretación que los comunistas chilenos hicieron de dicho fenómeno se encuentra marcada por el antifascismo. En efecto, mostraremos cómo, para los comunistas, el Gobierno de la Revolución de Junio fue considerado como una expresión latinoamericana del fascismo, en la que habrían confluído los intereses de sectores oligárquicos, deseosos de contener la modernización asociada a la “revolución democrático burguesa” y los intereses imperialistas de los países del Eje. Sostendremos que dicha interpretación se encontraba en afinidad con la línea estratégica de Unidad

en *Histórica*, vol. XXXIII, N° 2, Lima, 2009; y del mismo autor “El Congreso de Estudiantes Latinoamericanos de Santiago: Antiimperialismo e indoamericanismo en el movimiento estudiantil chileno (1935-1940)”, en *Historia Crítica*, N° 47, Bogotá, 2012.

⁴ Olga Ulianova, “Inserción internacional del socialismo chileno”, en Olga Ulianova (editora), *Redes políticas y militancias. La historia política está de vuelta*, Santiago, Ariadna-USACH, 2009, pp. 245 y 259-263. En los últimos años han salido a la luz importantes aportes historiográficos, los que, si bien no están referidos directamente a la influencia de los movimientos nacional-populares en la izquierda chilena, han tratado la relación entre las dinámicas políticas latinoamericanas y chilenas. En este sentido, cabe destacar los textos de Tanya Harmer, *Allende’s Chile and the Inter-American Cold War*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2011 y Mark Hove, “The Arbenz Factor: Salvador Allende, U.S. - Chilean Relations, and the 1954 U.S. Intervention in Guatemala”, in *Diplomatic History*, vol. 31, N° 4, Oxford, 2007, pp. 623-663.

⁵ Donald Bray, “Peronism in Chile”, in *The Hispanic American Historical Review*, vol. 47, N° 1, Durham, 1967, pp. 38-49; Joaquín Fernández Abara, *El Ibañismo. Un caso de populismo en la política chilena. 1937-1952*, Santiago, Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 2007, pp. 185-187; Joaquín Fernández Abara, “Nacionalistas, antiliberales y reformistas. Las identidades de la militancia ibañista y su trayectoria hacia el populismo (1937-1952)”, en Olga Ulianova (editora), *Redes políticas y militancias. La historia política está de vuelta*, Santiago, Ariadna-USACH, 2009, pp. 203-234 y María Elisa Fernández Navarro, “Integración de la mujer en política: La mujer chilena en las elecciones presidenciales y el gobierno de Carlos Ibáñez del Campo, 1952-1958”, en *Cuadernos de Historia*, N° 22, Santiago, diciembre 2002, pp. 149-183.

Nacional, que el Partido Comunista de Chile había adoptado, según las directrices de su XII Congreso de enero de 1942, que fijó como objetivo estratégico, a largo plazo, la “revolución democrático burguesa”, y como objetivo táctico, a corto plazo, la unión de todos los partidos y clases sociales contra el fascismo y la cooperación con la causa aliada⁶. Dicha situación generó un desencuentro de la izquierda chilena, y en especial de los comunistas, con dicho régimen, que marcaría un distanciamiento y rechazo al peronismo emergente, el que llegaría a ser llamado “naziperonismo”⁷.

Siguiendo a Bruno Groppo, analizaremos al antifascismo como una “sensibilidad política”⁸, en la que concurrieron corrientes políticas y culturales diversas, muchas veces divergentes entre sí y portadoras de interpretaciones distintas sobre el fenómeno fascista⁹. De este modo, reconocemos que coexistieron antifascismos de diverso tipo. Entre ellos, comunistas ortodoxos, comunistas heterodoxos –alejados de la línea moscovita principal–, anarquistas, socialistas y liberales, entre otros.

En este caso, nos centraremos en el antifascismo comunista oficial, de raíz kominterniana, desarrollado en las políticas frentepopulistas de la segunda mitad de la década de 1930, y que adquirió nuevos bríos con el ingreso de la Unión Soviética a la Segunda Guerra Mundial. Como vimos al describir los lineamientos de la política de Unidad Nacional, el antifascismo comunista del periodo que abordamos no puede ser considerado como una fuerza puramente “negativa”, definida de manera exclusiva por su oposición a las potencias fascistas¹⁰. Si bien sus objetivos de corto plazo fueron la contención del fascismo en el marco del conflicto bélico mundial, su despliegue implicó la defensa de ciertos ideales, como la democracia, la libertad y el universalismo cultural, que fueron incorporados, y hasta cierto punto rehabilitados, en el ideal comunista, contribuyendo a

⁶ Gómez Chamorro, *op. cit.*, 92. Sobre la línea estratégica de Unidad Nacional también véase Hernán Venegas Valdebenito, “El Partido Comunista de Chile y sus políticas aliancistas: del Frente Popular a la Unión Nacional Antifascista, 1935-1943”, en *Revista de historia social y de las mentalidades*, vol. 14, N° 1, Santiago, 2010, pp. 85-111. Dichos artículos destacan la importancia que el antifascismo habría tenido como elemento aglutinante, facilitador de alianzas entre centro e izquierda en Chile. Sobre el importante papel que en este sentido cumplió la guerra civil española véase el trabajo de Rodrigo Henríquez: “Chile, España y Francia frente a frente. Pueblo y fascismo en el espejo chileno a comienzos de 1936”, en *Alternativa*, N° 24, Santiago, diciembre 2006, pp. 140-156. Sobre la importancia del “ejemplo español” para la izquierda chilena véase Cristian Garay Vera y Cristián Medina Valverde, *Chile y la Guerra Civil Española. Relaciones diplomáticas y paradigmas políticos*, Santiago, Fundación Mario Góngora, Serie Avances N° 2, 1994, pp. 50-51. La relevancia de la guerra civil española, como hito fundamental en la transmisión de “los ecos de la disputa ‘fascismo-antifascismo’ a América latina ha sido tratada por Andrés Bisso en su artículo “El antifascismo latinoamericano: usos locales y continentales de un discurso europeo”, en *Asian Journal of Latin American Studies*, vol. III, Seúl, 2000, pp. 91-116. En el mismo artículo Andrés Bisso sostiene que tras el ataque a Pearl Harbour el 7 de diciembre de 1941, y hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, el antifascismo habría tenido un importante papel en reforzar un “panamericanismo que aceptaba el liderazgo norteamericano”. Sobre el antifascismo argentino también véase Andrés Bisso, *Acción Nacional, un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.

⁷ Humberto Abarca, “Organicemos la lucha contra el golpe de Estado”, en *Principios*, N° 56-57, Santiago, febrero-marzo de 1946, p. 4.

⁸ Bruno Groppo, “El antifascismo en la cultura política comunista”, en *Anuario IEHS*, N° 19, Tandil, 2004, p. 28.

⁹ Ricardo Pasolini, “Intelectuales comunistas y antifascismo durante la década de 1930. Un recorrido posible: entre Buenos Aires y Tandil”, en *Estudios Sociales*, N° 26, Santa Fe, 2004, p. 85.

¹⁰ Groppo, “El antifascismo...”, *op. cit.*, p. 39.

que este reformulara sus objetivos sociales y su visión de la historia. Así, el antifascismo no puede entenderse exclusivamente como un instrumento¹¹. Matizando dicha visión, consideramos que la “sensibilidad antifascista” fue parte constitutiva de un “contexto cultural”¹², imperante en amplios sectores del espectro político e intelectual, que ofreció oportunidades al movimiento comunista para acrecentar su hegemonía, pero al mismo tiempo ejerció profundas transformaciones sobre él. Bruno Groppo señala que uno de los aspectos que se habría añadido a la cultura comunista gracias al antifascismo sería la defensa de la democracia¹³. A este elemento, y siguiendo a Ricardo Pasolini, creemos que es necesario añadir el rescate de importantes elementos de la tradición liberal¹⁴.

El proceso político argentino fue un tópico de suma importancia para el Partido Comunista de Chile entre los años 1943-1946, transformándose en un factor relevante en la formulación de los análisis que los comunistas chilenos hicieron sobre la política exterior chilena y la situación internacional, especialmente en el ámbito latinoamericano. Dicho tema apareció de manera regular en la prensa periódica y las publicaciones teórico-doctrinarias del Partido Comunista, en las que ocupó un espacio abundante¹⁵. Por lo demás, la situación política argentina generó importantes niveles de movilización social en las bases comunistas y fue tratada con frecuencia por los parlamentarios comunistas en las sesiones de ambas cámaras del Congreso.

La investigación se ha basado en la revisión de fuentes primarias. En primer lugar, hemos acudido a fuentes de carácter hemerográfico, como la revista *Principios* y el diario *El Siglo*. La primera era la revista teórico-doctrinaria del Partido Comunista, y el segundo, su diario de circulación masiva. Las informaciones extraídas de esos medios han sido complementadas con otras aportadas por el semanario *Ercilla*. También hemos consultado los diarios de sesiones de ambas cámaras del Congreso. De dichas fuentes hemos tomado los discursos comunistas acerca del Gobierno de la Revolución de Junio e informaciones referidas a movilizaciones generadas a raíz de estas. Las fuentes recién mencionadas fueron revisadas para un periodo comprendido entre junio de 1943 y marzo de 1946, que abarca desde el golpe de Estado que dio inicio a dicho gobierno, hasta el momento inmediatamente posterior a las elecciones del 24 de febrero de 1946, en las que Juan Domingo Perón alcanzó la presidencia.

El texto ha sido estructurado en torno a cuatro apartados principales, de carácter temático, más un apartado de reflexiones finales. En el primero, señalaremos el modo en que los comunistas chilenos conceptualizaron al Gobierno de la Revolución de Junio y la interpretación que hicieron sobre los orígenes del fascismo en Argentina. En el segundo, mostraremos las interpretaciones comunistas sobre el papel del Gobierno de la Revolución de Junio en la Segunda Guerra Mundial y el orden internacional de posguerra. En el tercero, expondremos las exigencias levantadas desde el Partido Comunista a la

¹¹ François Furet, *Le passé d'une illusion: Essai sur l'idée communiste au XX^e siècle*, Paris, Calmann-Lévy-Robert Laffont, 1995, capítulos 7 et 8.

¹² Anson Rabinbach, “Legacies of antifascism”, in *New German Critique*, vol. 67, Ithaca, 1996, p. 3.

¹³ Groppo, “El antifascismo...”, *op. cit.*, p. 43.

¹⁴ Pasolini, “Intelectuales comunistas...”, *op. cit.*, p. 82.

¹⁵ Entre el segundo semestre de 1943 y el primer trimestre de 1946, la revista *Principios* publicó artículos sobre la situación argentina en casi todos sus números. Una situación similar ocurrió con el diario *El Siglo*.

política exterior chilena ante la dictadura argentina. En el cuarto apartado presentaremos las formas de movilización generadas en Chile contra el régimen argentino, en las que el Partido Comunista tuvo una activa participación, con énfasis en los sectores en que dicha intervención alcanzó mayor presencia, como fueron obreros, intelectuales y estudiantes. En las reflexiones finales mostraremos de modo sucinto las reacciones comunistas ante las movilizaciones peronistas del 17 de octubre de 1945 y el triunfo electoral de Juan Domingo Perón en las elecciones de 1946.

LA INTERPRETACIÓN COMUNISTA SOBRE EL GOBIERNO DE LA REVOLUCIÓN DE JUNIO Y LOS ORÍGENES DEL FASCISMO EN ARGENTINA

Al interpretar las características del Gobierno de la Revolución de Junio, los comunistas chilenos privilegiaron exponer discursos y textos sobre dicho tema cuya autoría correspondía a dirigentes del Partido Comunista argentino. Esta labor de difusión se realizó a través de diversas formas, ya fuese publicando colaboraciones directas de ellos o reproduciendo sus artículos y discursos en los principales medios de prensa con que contaba el comunismo chileno, como eran el diario *El Siglo* y la revista teórico-doctrinaria *Principios*. En algunos casos, intelectuales y dirigentes del Partido Comunista chileno actuaron como comentaristas y divulgadores de sus pares argentinos, citándolos en sus artículos y discursos o realizando reseñas de sus textos políticos. Por lo demás, la llegada o paso por Chile de exiliados argentinos permitió su participación en actos políticos nacionales y la difusión de su mensaje a través de la prensa¹⁶.

Al momento de dar cuenta de la conceptualización que los comunistas chilenos hicieron del Gobierno de la Revolución de Junio, podemos constatar que, de manera unánime, fue llamado como “fascista”, “neofascista” y, en menor medida, “nazi”, y que estos últimos términos fueron utilizados casi indistintamente¹⁷. Dicha conceptualización

¹⁶ “Paulino González A, periodista argentino llegó exiliado: que es el Gobierno Militar”, en *Ercilla*, N° 737, Santiago, 1 de septiembre de 1943, p. 5. Es necesario destacar las similitudes existentes entre las posturas del Partido Comunista argentino y el chileno sobre el tema. Estas son un signo del alto grado de coordinación que ambos partidos podrían haber mantenido. Al respecto, se debe tener en cuenta que la Internacional Comunista recién se disolvió en mayo de 1943, días antes del golpe de Estado argentino, y que en su interior, tanto el Partido Comunista argentino como el chileno habían sido parte del Buró Sudamericano. Desde la década de 1920 había existido una fuerte circulación de dirigentes del Partido Comunista argentino en Chile, algunos como agentes de la Internacional Comunista. Entre los cuales, destacaban varios de los articulistas y oradores argentinos que opinaron en los medios chilenos sobre el Gobierno de la Revolución de Junio como: Paulino González Alberdi, Victorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi. Véase Olga Ulianova, “Develando un mito. Emisarios de la Internacional Comunista en Chile”, en *Historia*, N° 41, vol. 1, Santiago, junio 2008, pp. 99-164. En sus memorias, Gabriel González Videla sostiene que, con miras a las elecciones de 1946, habría sostenido una entrevista con Victorio Codovilla con el fin de negociar los términos del apoyo comunista a su candidatura presidencial. Además, incurre en un anacronismo al calificarlo con el apelativo de “jerarca comunista del Komintern”, Sin embargo, su testimonio es una evidencia del ascendiente que Victorio Codovilla podría haber seguido teniendo en el Partido Comunista de Chile después de la disolución de la Internacional Comunista. Véase Gabriel González Videla, *Memorias*, Santiago, Editora Nacional Gabriela Mistral, 1975, tomo 1, pp. 466-469.

¹⁷ Dicha interpretación es la misma que en ese momento sostenían y defendían los comunistas argentinos, lo que según Silvana Staltari, habrían entendido el fenómeno político que estaba teniendo lugar bajo los con-

no sufrió mayores transformaciones en el periodo comprendido entre el segundo semestre de 1943 e inicios de 1946. Según la interpretación comunista, el paso del tiempo solo habría evidenciado el carácter fascista del gobierno, y en especial de la organización que lo habría dirigido, el Grupo de Oficiales Unidos (GOU), el que, en un principio, habría estado oculto y se habría acompañado de otros sectores políticos, para terminar por quedar al descubierto, hegemonizando el gobierno¹⁸.

Esta situación queda evidenciada en el modo en que *El Siglo* trató el golpe de Estado del 4 de junio y la instalación en el poder de los militares argentinos. Dicho periódico dio escasas y breves noticias del golpe de Estado y de los primeros días del régimen. Hacia fines de junio, comenzó a informar, publicando cada vez con mayor frecuencia, las noticias que resaltaban el carácter autoritario del nuevo gobierno y destacaban sus rasgos fascistas¹⁹. De hecho, un punto en el que puso insistencia la prensa comunista es que el “nacionalismo” que defendían los militares en el poder, resumido en la idea de “argentinidad”, no era sino un “caballo de Troya de los agentes nazis”²⁰.

El uso de la categoría “fascismo” fue acompañado de una explicación sobre su génesis en América Latina, y con énfasis en Argentina. Esta apuntaba a sindicarlo como una estrategia de los sectores más “reaccionarios” de las “oligarquías” latinoamericanas, los que, en aras de contener las transformaciones asociadas a una “revolución democrático burguesa” inminente, entrarían en alianzas con los imperialismos alemán y japonés. La adhesión a dicho discurso fue unánime entre los comunistas chilenos y argentinos que se expresaron a través de medios locales y, si bien en diferentes instancias podían poner énfasis en distintos aspectos de dicho discurso, este no perdía su coherencia interna.

ceptos de “nazi-fascismo” y “nazi-peronismo”, hasta el año 1946. Véase Silvana Staltari, “Recorriendo a tientas el camino de su propia experiencia política: el PCA y las políticas sociales del peronismo (1945-1955)”, ponencia presentada a las XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Mendoza, 2 al 5 de octubre de 2013. Véase también Carlos Altamirano, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2001, pp. 25-29, quien muestra como hasta el año 1946 los comunistas argentinos hicieron referencia al “nazi-peronismo” y con posterioridad, aunque moderaron dicho lenguaje, siguieron atribuyéndole características fascistas a la figura de Juan Domingo Perón. Otro texto que aborda las posturas del Partido Comunista en el periodo es el de Samuel Amaral, quien sostiene que “el Partido Comunista antes de la elección (de 1946), no admitía la posibilidad de que la clase obrera diese la espalda al Frente Antifascista”. Véase Samuel Amaral, *La renuencia de las masas: El Partido Comunista ante el peronismo. 1945-1955*, Buenos Aires, Universidad del CEMA, 2008, p. 2. Más recientemente, dichas tensiones han sido expresadas en Aníbal Jáuregui, “El peronismo en los debates del Partido Comunista Argentino: 1945-1953”, en *A contracorriente*, vol. 9, N° 3, Raleigh, North Carolina, Spring 2012, pp. 22-40. Un estudio más reciente, desde un punto de vista local es el de Oscar Videla, Pablo Menotti y Diego Diz, “Los comunistas en el sureste santafesino durante el peronismo a través de unas fuentes policiales”, en *Izquierdas*, N° 17, Santiago, diciembre de 2013, pp. 146-169. Sobre otros partidos políticos antiperonistas en el periodo, como el Partido Socialista y la Unión Cívica Radical, véase Marcela García Sebastiani, *Los antiperonistas en la Argentina peronista. Radicales y socialistas en la política argentina entre 1943 y 1951*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.

¹⁸ Así, a un año del golpe de Estado, un editorial del diario *El Siglo* sostenía: “Los tres Golpes que se han dado en el año, han llevado más y más al gobierno argentino por el cauce nazi, distanciándolo del resto de América y convirtiendo a la camarilla nazi en un peligro para todo el resto del continente”. “Un año del primer golpe fascista en América”, en *El Siglo*, Santiago, 4 de junio de 1944.

¹⁹ “Prohibidas reuniones políticas en Argentina”, en *El Siglo*, Santiago, 23 de junio de 1943 y “No queremos que Argentina siga siendo el pulmón del Eje”, en *El Siglo*, Santiago, 14 de junio de 1943.

²⁰ “La argentinidad”, en *El Siglo*, Santiago, 18 de agosto de 1943.

Quizá uno de los documentos que explica de manera más completa y sistemática dicha concepción fue un artículo publicado en junio de 1945 en la revista *Principios* por el dirigente comunista argentino Paulino González Alberdi. Siguiendo la clásica definición de Georgi Dimitrov, sostenía que el fascismo constituía “la expresión política de los sectores más reaccionarios del capital imperialista”. Al explicar la presencia de dicho fenómeno en los “países latinoamericanos”, que no serían “imperialistas, sino zonas explotadas por el capital imperialista”, planteaba que el fascismo era una “política extranjera” dirigida hacia estos y llevada adelante por la “Alemania nazi y el Japón imperialista para conquistarlos y utilizarlos en su plan de dominación mundial”²¹.

La explicación de Paulino González Alberdi no solo apuntaba a reconocer al fascismo como un agente externo operando sobre la política latinoamericana sino, también, a identificar cuáles serían los actores locales que le servían de soportes. Según su análisis, los grupos sociales que habrían sido proclives a la recepción del fascismo serían “los sectores más reaccionarios de las oligarquías latinoamericanas”, tradicionales sostenedores de “dictaduras patriarcales”. En su argumentación, estos sectores habrían visto en la dominación del nazismo alemán sobre América Latina un modo de detener el “movimiento democrático” de los “pueblos latinoamericanos”, que se encontraban en una transición a la “revolución democrático-burguesa”. En efecto, para él la posible concreción de la revolución democrático-burguesa hacía temer a dichas oligarquías que su base económica de poder “se quebrase”, permitiendo una “reestructuración de la economía” que apuntara a transformaciones como la reforma agraria, la industrialización, el crecimiento de los mercados internos, el aumento de la población y el mejoramiento de sus niveles de vida y consumo. Del mismo modo, la búsqueda de una “salida progresista” a los efectos de la crisis económica de 1929, habría llevado a que aumentasen las posibilidades de una transformación económica de este tipo, lo que habría radicalizado la postura de estos sectores “oligárquicos reaccionarios”. Por lo demás, en su análisis los acercamientos de los sectores oligárquicos hacia las potencias del Eje se vieron facilitados por los efectos económicos de la crisis de 1929. Esto, pues la disminución de las exportaciones de materias primas hacia “los compradores tradicionales, Estados Unidos o Gran Bretaña, se acentuaba aún más, máximo cuando Alemania, Japón e Italia acrecentaban la compra de algunas materias primas para formar su stock bélico”. Así, con un tono dramático, Paulino González sostenía que “los oligarcas iban inclinándose a asumir el papel de ‘Gauleiters’ de Hitler y de incorporar a sus países al nuevo orden hitleriano con tal de contener el movimiento popular e impedir cambios económicos progresistas”²².

Volodia Teitelboim, en una reseña con fines de divulgación realizada al folleto de Victorio Codovilla *Hay que derrotar a la camarilla del GOU*, explicaba cómo este proceso se habría dado en Argentina. Señalaba, también, que la llegada al poder de la Unión Cívica Radical en Argentina, en el año 1916, habría sido un “paso decisivo” para

²¹ Paulino González Alberdi, “La postguerra y el peligro fascista en América Latina”, en *Principios*, N° 48, Santiago, junio de 1945, p. 15.

²² *Op. cit.*, pp. 15-16. Los Gauleiters eran las autoridades zonales del Partido Nacional Socialista de los Trabajadores Alemanes.

la concreción de la revolución democrático-burguesa, el que se habría visto abortado por el golpe de Estado de José Félix Uriburu en el año 1930. Este habría tenido un claro carácter oligárquico y habría evidenciado la participación de elementos fascistas. En opinión de Teitelboim, dicho “retroceso” había sido posible por la falta de unidad de los radicales con “la clase obrera”, y por la insuficiente “conciencia política y organización del proletariado”. En este sentido, el golpe de Estado del 4 de junio de 1943 habría tenido móviles similares, y su fin habría sido evitar los avances y la unidad de las fuerzas democratizadoras que el gobierno del presidente Ramón Antonio Castillo se habría mostrado impotente para contener. Por lo mismo, Teitelboim sostenía que la realización del “putsch nazi”, que llevó al poder a la “Camarilla del GOU”, y su “éxito pasajero” fueron posibles por la acción de “fuerzas feudales y fascizantes del interior”²³. Un elemento presente en el análisis que los comunistas chilenos y argentinos hacían del proceso político argentino, era la continuidad existente entre las motivaciones políticas que subyacían entre el periodo que siguió al golpe de Estado de José F. Uriburu —el que más tarde sería conocido como la “década infame”— y el Gobierno de la Revolución de Junio. En este sentido, sostenían que el segundo había llevado adelante las políticas defensivas de carácter oligárquico que el primero fue incapaz de actualizar. En esta misma lógica, no es de extrañar que Paulino González Alberdi haya señalado, en un discurso como delegado fraternal del Partido Comunista argentino ante el XIV Pleno del Comité Central del PCCH, que “los militares pro-nazis” dieron “el Golpe de Estado” del 4 de junio de 1943 “para impedir la Unidad Nacional, que estaba siendo forjada por un movimiento popular incontenible”²⁴.

La interpretación comunista reconocía que las características iniciales del golpe de Estado de 1943 habrían generado cierta confusión en los observadores, que habría llevado a algunos a ignorar o matizar el carácter fascista del régimen. Esto se explicaría por la diversidad de los grupos que en un principio prestaron su concurso al golpe de Estado, incluyendo la presencia de “militares democráticos”, y la laxitud de los planteamientos programáticos expuestos por los militares al llegar al poder, los que incluían el anuncio de “elecciones libres” y “cumplimiento de los Pactos de Río”. Dichas características iniciales, según Rodolfo Ghioldi, habrían sido estratagemas destinadas a atraer a los sectores democráticos del Ejército argentino y a desmovilizar a la oposición. De hecho, ya hacia octubre de 1943, el predominio del GOU y, por ende, de los sectores fascistas, se habría consolidado y quedado al descubierto. Según Paulino González Alberdi, junto con la “consolidación de la dictadura”, se produjo el “predominio dentro de ella de los elementos nazis del GOU”²⁵. Este punto fue explicitado por Rodolfo Ghioldi, para quien:

²³ Volodia Teitelboim, “Una advertencia a América: el análisis de Codovilla sobre el peligro del GOU”, en *Principios*, N° 44, Santiago, febrero de 1945, pp. 47-48.

²⁴ Paulino González Alberdi, “El gobierno de Ramírez: pulmón de la conspiración nazi en América Latina”, en *Principios*, N° 32, Santiago, febrero de 1944, p. 33.

²⁵ *Ibid.* También véase “El GOU, la logia nazi que gobierna en la Argentina”, en *El Siglo*, Santiago, 18 de diciembre de 1943.

“Las modalidades confusionistas de que hubo de rodearse el grupo pro-nazi explican la heterogeneidad original del Gobierno (después del golpe del 4 de junio se produjeron dos golpes de palacio complementarios: el del 5 de junio que defenestró al presidente Rawson, y el del 5 y el 13 de octubre, que previa eliminación de los ministros rupturistas, dio definitivamente el sentido nazi al Gobierno)”²⁶.

En este sentido, el ascenso de la figura de Juan Domingo Perón en el gobierno fue interpretado como la consumación del carácter fascista del régimen, el que ya hacia fines de 1945 y con miras a la elección de 1946, era llamado como “naziperonismo”.

La asimilación del Gobierno de la Revolución de Junio y del peronismo incipiente con el fascismo, y específicamente con la experiencia nazi, fue reforzada con las acusaciones de antisemitismo²⁷. En este sentido, la prensa comunista chilena hizo eco de las denuncias de los comunistas argentinos sobre atentados y agresiones sufridas por la comunidad judía argentina, y los señalaron como la “típica expresión del nazifascismo entronizado por el GOU”²⁸. Del mismo modo, las prácticas represivas del Gobierno de la Revolución de Junio fueron calificadas de “gestapistas”, y se buscó resaltar los elementos de similitud y filiación entre el accionar policial argentino y el de la Alemania nazi²⁹.

Uno de los tópicos relevantes del Gobierno de la Revolución de Junio, en particular del ascenso de Juan D. Perón al interior de este, fueron los crecientes contactos del régimen con el movimiento obrero y la creación de una institucionalidad proclive a incorporar las demandas de dicho sector³⁰. En este sentido, conocer la visión de los comunistas sobre dichas transformaciones es interesante, pues se trata de un elemento que podría tensionar su interpretación sobre el carácter oligárquico del régimen. En el caso de los comunistas, el reconocimiento de la profundidad de las transformaciones en las políticas laborales que se encontraba implementando el Gobierno de la Revolución de Junio fue mínimo. En el ya citado discurso al pleno del Comité Central del PCCH, Paulino González Alberdi calificó las políticas laborales de la dictadura argentina como “corporativismo fascista”, y sostuvo que “el neofascismo impulsó la dictadura militar que se impuso combinando las medidas demagógicas y las promesas falsas tendientes a paralizar la resistencia contra ellas, con las medidas de fuerza contra los sectores más conscientes del pueblo”³¹. La frase de Paulino González Alberdi resume los grandes lineamientos con que los comunistas intentaron explicar la aparición de sectores obreros favorables al

²⁶ Rodolfo Ghioldi, “Sobre el ritmo de la Unidad Argentina”, en *Principios*, N° 31, Santiago, enero de 1944, p. 32.

²⁷ Esto fue representado en la caricatura. Así, los dibujantes de *El Siglo* mostraron a un oficial argentino sujetando un galón de pintura, mientras un manifestante, armado de una brocha, rayaba en una pared la consigna “mueran los judíos”. “En Argentina”, en *El Siglo*, Santiago, 8 de enero de 1946.

²⁸ “Los comunistas argentinos repudian atentados peronistas contra judíos”, en *El Siglo*, Santiago, 2 de enero de 1943.

²⁹ Esto se hace patente en el diario *El Siglo*, a lo largo del año 1945 e inicios de 1946.

³⁰ Esta situación ha sido tratada por diversos autores. En este sentido, destacan los aportes de Juan Carlos Torre, *Ensayos sobre movimiento obrero y peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2012, en especial la parte II: “1943-1946. La gestación del vínculo entre trabajadores, sindicatos y Perón”, pp. 73-231 y Hugo del Campo, *Sindicalismo y peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2005, sobre todo la segunda parte: “El movimiento obrero y el coronel Perón”, pp. 171-360.

³¹ González Alberdi, “El gobierno de Ramírez...”, *op. cit.*, p. 33.

Gobierno de la Revolución de Junio. Estos se explicarían por la capacidad de movilizar a sectores obreros con escasa conciencia de clase, a través de medidas demagógicas y reformas de carácter parcial, y por la represión hacia el movimiento obrero organizado de carácter clasista. En dichas críticas no estuvieron ajenos los afanes de ridiculización, como cuando Paulino González Alberdi sostuvo que el régimen habría “caído en actos tan ridículos, tendientes a comprar algún apoyo obrero, como la circular enviada por Perón a las empresas con motivo de navidad en la que reclamaba el regalo de ‘un pan dulce y vinos licorosos’ a los obreros”³².

Los comunistas chilenos mantuvieron un análisis idéntico al de sus pares argentinos. Así, en octubre de 1945, Ricardo Fonseca acusaba al Gobierno de la Revolución de Junio de haber montado “una enorme burocracia nazi, especialmente en la secretaría del trabajo y en el aparato de propaganda”. Pese a mostrar los esfuerzos de los militares argentinos por cooptar a los sindicatos a través del Estado, se mantuvo en la línea de sostener que los trabajadores movilizados por el peronismo eran aquellos con escasa conciencia de clase, y que la mayoría del movimiento obrero argentino tendía a rechazar. Así, Ricardo Fonseca sostenía que el Gobierno de la Revolución de Junio “disolvió los sindicatos libres y en los sindicatos amarillos, en la directiva de la CGT y de los empleados del comercio, colocó a elementos corrompidos, apatronados y serviles, hoy repudiados por obreros y empleados”³³. Paradójicamente, este análisis de Ricardo Fonseca fue publicado el mismo mes en que la manifestación callejera evidenció la fortaleza de la alianza entre Juan Domingo Perón y el movimiento obrero organizado.

Esta situación queda patente en el modo en que la prensa comunista chilena satirizó a los sectores populares adherentes al peronismo. En las caricaturas de *El Siglo*, referidas a las manifestaciones peronistas, sus participantes eran mostrados como delincuentes de aspecto facineroso, muchos de ellos armados de garrotes, mientras otros portaban carteles vivando a Juan D. Perón, pero con faltas de ortografía. Se trata de una imagen que busca asociar al pueblo peronista al “lumpen” y a los sectores obreros sin “conciencia de clase”, antítesis de la cultura obrera ilustrada y de la moralidad que esperarían en un militante comunista³⁴. Así, los sectores populares movilizados a favor del peronismo fueron llamados “bandas peronazis”, y su actuación fue asimilada a la de los “camisas pardas” del nacional socialismo alemán³⁵.

³² González Alberdi, “El gobierno de Ramírez...”, *op. cit.*, p. 28.

³³ Ricardo Fonseca, “Los últimos días del GOU”, en *Principios*, N° 52, Santiago, octubre de 1945, p. 21.

³⁴ “Manifestación peronista”, en *El Siglo*, Santiago, 20 de enero de 1946. Sobre la moral y el “deber ser” que se esperaba de los militantes comunistas chilenos véase Álvarez Vallejos, *op. cit.*, pp. 49-58. Dicho tema también ha sido estudiado para el caso de los orígenes del socialismo en el norte de Chile en Julio Pinto y Verónica Valdivia, *¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y Alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932)*, Santiago, LOM Ediciones, Santiago, 2001, p. 155. Al respecto también véase Marco González M, “Comunismo chileno y cultura Frente Popular. Las representaciones de los comunistas chilenos a través de la revista *Principios*, 1935-1947”, en *Izquierdas*, N° 11, Santiago, diciembre de 2011, pp. 63-65.

³⁵ “No puede haber elecciones con Estado de Sitio”, en *El Siglo*, Santiago, 28 de enero de 1946.

LAS INTERPRETACIONES COMUNISTAS SOBRE EL PAPEL DEL GOBIERNO DE LA REVOLUCIÓN DE JUNIO EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL Y EL ORDEN INTERNACIONAL DE POSGUERRA

Los comunistas señalaron que el Gobierno de la Revolución de Junio y el peronismo habrían sido instrumentos de penetración del Eje en América Latina, destinados, en primer lugar, a ralentizar el esfuerzo de guerra aliado, generando un “foco diversionista” en el hemisferio occidental y, en segundo lugar, a amparar elementos del Eje que escapaban de Europa. También señalaron que la situación de dicho gobierno era asimilable a la del régimen de Francisco Franco, en cuanto se trataba de dictaduras fascistas que habrían logrado resistir a la masiva derrota de dichos regimenes que advino con el fin de la Segunda Guerra Mundial, y que ambos estaban concertados con el fin de dar continuidad en América a las políticas del Eje. Así lo sostuvo en enero de 1944, en la revista *Principios*, el dirigente comunista argentino Rodolfo Ghioldi. En sus palabras, “la Argentina de los coroneles nazistas” constituía “el mayor peligro para la solidaridad continental”, pues no solo sería la “mirilla del Eje en el hemisferio sino su campo de operaciones para la intriga, la disociación, el espionaje y, eventualmente, para ensayar la creación de un foco diversionista”³⁶.

La negativa del gobierno argentino a romper relaciones con el Eje fue mostrada por los comunistas chilenos como una manifestación patente de esta situación. Estos juicios se mantuvieron en el tiempo, incluso, con posterioridad a la ruptura de relaciones de Argentina con el Eje. Según la Comisión Política del Partido Comunista de Chile, la ruptura, llevada adelante bajo la presidencia de Pedro Pablo Ramírez el 26 de enero de 1944, habría sido “puramente formal y manifiestamente insincera”, lo que habría quedado en evidencia cuando, tras dicho rompimiento, “el grupo militar Farrell-Perón desplazó al general Ramírez y elevó al poder al sector que combatió la ruptura, que se caracteriza por su hostilidad a las Naciones Unidas”³⁷.

Elias Lafferte refrendó dichas apreciaciones, y explicó cómo Argentina podría ejercer esta función de “foco diversionista” en América, señalando que el Gobierno de la Revolución de Junio rompía la política de “Unidad Americana” en la lucha contra el Eje, generando situaciones conflictivas entre los países latinoamericanos, las que podrían llegar a incluir “ataques a países vecinos”. Esta situación distraería al continente del esfuerzo bélico y debilitaría “las posiciones de los sectores democráticos en toda América”³⁸.

Los modos en que Argentina realizaría esta función sería llevando adelante una política exterior agresiva, destinada a instalar regimenes dictatoriales que le sirvieran de aliados, poniendo fin a su aislamiento en el concierto latinoamericano y rompiendo la unidad continental, lo que implicaría un peligro para el panamericanismo³⁹. Así, Galo

³⁶ Ghioldi, “Sobre el ritmo...”, *op. cit.*, p. 32.

³⁷ “Sobre el reconocimiento del Gobierno Argentino por el Gobierno Chileno”, en *Principios*, N° 34, Santiago, abril de 1944, p. 47. Esta apreciación de la ruptura de los comunistas chilenos estaba en absoluta afinidad con la visión sobre esta mostrada por los comunistas argentinos. De hecho la declaración del Partido Comunista argentino sobre dicho tema, del 26 de enero de 1944, fue citada por Galo González en su artículo “50 años de Vittorio Codovilla”, *Principios*, N° 33, Santiago, marzo de 1944, pp. 11-12.

³⁸ Elías Lafferte, “El GOU peligro para América”, en *Principios*, N° 37, Santiago, julio de 1944, 20.

³⁹ “El GOU está en Guerra con el Panamericanismo”, en *El Siglo*, Santiago, 4 de julio de 1944.

González sostenía que el Gobierno de la Revolución de Junio maniobra “febrilmente en los países vecinos para colocar dictaduras militares pro-nazis que le sirvan de respaldo”⁴⁰. Según dicha interpretación, el gobierno de facto instalado en Bolivia tras el golpe de Estado de diciembre de 1943, que llevó al poder al mayor Gualberto Villarroel, habría tenido un claro signo pronazi. Así, se tildó de “nazista” al Movimiento Nacionalista Revolucionario de Víctor Paz Estenssoro, que dio su apoyo a dicho gobierno, y se enfatizó en que la ayuda del Gobierno de la Revolución de Junio habría sido el “factor decisivo” para la consumación del golpe de Estado que lo llevó al poder⁴¹. Una situación similar habría tenido lugar en Paraguay, donde el gobierno de Higinio Morínigo se habría tornado una dictadura filonazi que mantenía estrechas relaciones con el gobierno argentino⁴². Según la interpretación comunista, en el resto de los países latinoamericanos, el Gobierno de la Revolución de Junio habría alentado a sectores pronazis, calificados como “quintacolumnistas” que amenazarían las democracias. Así, según Galo González, “los integralistas en Brasil, los sinarquistas en México, los conservadores en Colombia, los herreristas en Uruguay responden a las mismas directivas”⁴³.

En el discurso comunista, el carácter agresivo del Gobierno de la Revolución de Junio no solo se habría evidenciado en el afán de instaurar dictaduras aliadas en los países vecinos sino, también, en el desarrollo de una política armamentista, caracterizada por la reorientación de la industria nacional hacia fines bélicos, y en el despliegue de un discurso público y una política educativa destinada a promover el expansionismo argentino⁴⁴. Esta política se habría hecho notar en una actitud agresiva hacia Brasil⁴⁵. Según Elias Lafferte:

“Millones de pesos argentinos han sido gastados en armamentos por el GOU. Toda la industria está al servicio de la preparación militar. En el primer aniversario del golpe de Estado se realizó una exposición con aparatosidades nazis, en la que se exhibieron los tanques de 35 toneladas, los aviones, los cañones, ametralladoras, etc., que se construyen afiebradamente en el país. Ese mismo día, en todas las escuelas y colegios secundarios se dieron clases alusivas y se escribieron frases exaltadoras del papel dominante que la Argentina debe desempeñar en América Latina”⁴⁶.

Junto con denunciar la función “diversionista” que estaría cumpliendo el Gobierno de la Revolución de Junio en el concierto americano, los comunistas chilenos se abocaron a evidenciar cómo Argentina se habría transformado en destino de agentes y capitales del Eje en fuga desde Europa. Este discurso se hizo presente con el retroceso alemán en ambos frentes, desde el segundo semestre del año 1944 y se mantuvo en la posguerra. Así, a poco de terminar la guerra, Juan Vargas Puebla sostuvo, en un folleto

⁴⁰ González, “50 años...”, *op. cit.*, pp. 11-12.

⁴¹ Lafferte, “El GOU...”, *op. cit.*, p. 22.

⁴² González Alberdi, “La postguerra...”, *op. cit.*, p. 15.

⁴³ Galo González, “Un grave peligro para Chile”, *Principios*, Nº 40, Santiago, octubre de 1944, p. 22.

⁴⁴ “¡El GOU ya habla de Guerra en el Continente!. Las confesiones del nazi Perón”, en *El Siglo*, Santiago, 10 de junio de 1944.

⁴⁵ “El GOU provoca a Brasil y a los EEUU”, en *El Siglo*, Santiago, 14 de diciembre de 1943.

⁴⁶ Lafferte, “El GOU...”, *op. cit.*, p. 22.

de su autoría titulado “Buenos Aires, el Vichy de América”, que “los nazis, derrotados en Europa, se estaban refugiando con sus capitales, ayudados por Franco, en la Argentina, para tratar de rehacerse en nuestro continente”⁴⁷. Las denuncias sobre la llegada de espías y agentes alemanes a América a través de Argentina, que fueron publicadas por la prensa comunista durante la guerra, comenzaron a ser cambiadas por las que describían la llegada de criminales de guerra nazis y colaboracionistas prófugos desde el segundo semestre de 1944 en adelante.

En esta misma tónica, el Gobierno de la Revolución de Junio fue asimilado a los regímenes de Francisco Franco en España y de António de Oliveira Salazar en Portugal. Desde sus orígenes, a mediados de 1943, la dictadura argentina fue señalada como un elemento remanente del fascismo en el contexto internacional, en un momento de retroceso de las fuerzas del Eje. Dicho discurso también se reforzó desde el segundo semestre de 1944 y se mantuvo vigente tras el fin de la Segunda Guerra Mundial. Así lo hizo el equipo editorial de la revista *Principios* cuando señalaba, de manera dramática, que el nuevo orden de posguerra acordado por los aliados en la conferencia de Yalta se veía empañado por la presencia de “Argentina, bajo la férula sangrienta del GOU; España, bajo el régimen torturador e ignominioso de Franco; Portugal, bajo los fascistas de Oliveira Salazar”⁴⁸. No es de extrañar que en el diario *El Siglo*, las noticias referidas a España y Argentina fueran publicadas de manera contigua.

La asimilación que los comunistas hacían entre el franquismo y el Gobierno de la Revolución de Junio no se reducía a sacar a relucir las similitudes y coincidencias entre ambos regímenes, sino, también, a evidenciar los vínculos que existirían entre ellos. En efecto, las denuncias de dirigentes comunistas argentinos, expuestas y reproducidas por los comunistas chilenos, sostenían que la política exterior del Gobierno de la Revolución de Junio respondía a lineamientos diseñados en Alemania y difundidos de manera camuflada por la España franquista. Así lo sostuvo Elias Lafferte, quien dijo: “las embajadas argentinas, en complicidad con la Falange Española, bajo la dirección de los nazis, sirven como focos para la conspiración antidemocrática”⁴⁹. En este sentido, denunciaron las instituciones a través de las cuales el régimen franquista pretendía reforzar sus lazos con la América y difundir el hispanismo. Esto fue expuesto por Rodolfo Ghioldi, quien planteó:

“La política exterior del GOU no es accidental ni improvisada. Cumpliendo los dictados de Hitler y Von Ribbentrop, el embajador Von Thermann la impuso con la ayuda de Franco y del Consejo de la Hispanidad, creado en 1941 con el propósito, como decía el ‘Diario Español’ de Buenos Aires el 12 de Febrero de 1943, de cumplir ‘su fin en el logro de una expansión ultramarina’. Expansión del fascismo español, movido a voluntad por el nazismo germano”⁵⁰.

⁴⁷ Juan Vargas Puebla, “La conferencia de México bajo el signo de la derrota Nazi”, en *Principios*, N° 44, Santiago, febrero de 1945, p. 22.

⁴⁸ “Los resultados de la conferencia de Yalta”, en *Principios*, N° 44, Santiago, febrero de 1945, p. 13.

⁴⁹ Alamiro Castillo, “La semana política”, en *Ercilla*, N° 454, Santiago, 12 de enero de 1944, p. 5.

⁵⁰ “R. Ghioldi habla sobre Argentina. Conferencia pronunciada en el Ateneo de Montevideo”, en *Principios*, N° 43, Santiago, enero de 1945, p. 19.

Según esta visión, hacia el final del conflicto bélico y en la posguerra, el régimen franquista y el Gobierno de la Revolución de Junio habrían actuado coordinados para permitir la fuga de jefes nazis, criminales de guerra, colaboracionistas y capitales del Eje hacia América. Según Galo González, estos elementos se concentrarían “en España y Portugal y desde allí, con la ayuda de los gobiernos de Franco y Salazar, pasarían con sus capitales a Argentina y a otros países de América”, en un “plan minuciosamente preparado”, tendiente a “reconstituir las filas fascistas bajo cualquier nombre, tomando las formas más camufladas, a objeto de crear dificultades en la posguerra”⁵¹.

LAS EXIGENCIAS COMUNISTAS A LA POLÍTICA EXTERIOR CHILENA
ANTE EL GOBIERNO DE LA REVOLUCIÓN DE JUNIO

Durante todo el periodo estudiado, los comunistas exigieron a la cancillería chilena el establecimiento de una política exterior condenatoria hacia la dictadura argentina. Desde un comienzo, en el año 1943, los comunistas realizaron campañas para que el gobierno chileno realizara gestiones para la liberación de los presos políticos en Argentina⁵². Al mismo tiempo, y en cuanto los comunistas chilenos consideraron al régimen argentino como una amenaza a la unidad continental y la causa de las “Naciones Unidas”, hicieron llamados a que la política exterior chilena apuntara a romper relaciones y aislar internacionalmente al gobierno argentino⁵³. Dicha política se volvió más tajante en enero del año 1944. El pleno del Comité Central del Partido Comunista de Chile, que tuvo lugar entre los días 9 y 12 de dicho mes, dejó en claro dicha línea. El informe central del pleno, realizado por el senador Elías Lafferte sostuvo la necesidad de establecer un “cordón democrático que aisle la dictadura del GOU”, y la realización de un llamado a los demás gobiernos de América “a romper relaciones diplomáticas con el Gobierno de Ramírez”⁵⁴.

La convocatoria a romper relaciones con el régimen argentino llevó a que pronto los comunistas entraran en conflicto con las posiciones de la propia cancillería chilena. Estas se hicieron patentes cuando el gobierno chileno reconoció al gobierno del general Edelmiro Farrell, quien asumió el poder de manera interina en febrero de 1944 y definitiva en marzo de ese mismo año. En una resolución fechada en marzo, la comisión política del Partido Comunista sostuvo que el reconocimiento favorecía al Eje y a los “enemigos de la política de solidaridad del conjunto de las naciones americanas”⁵⁵.

⁵¹ González, “Un grave peligro...”, *op. cit.*, p. 19.

⁵² “Que Su Excelencia interceda por los presos políticos de la República Argentina”, en *El Siglo*, Santiago, 18 de septiembre de 1943.

⁵³ Sobre la política exterior chilena en tiempos de la Segunda Guerra Mundial véase Joaquín Fernandois, “Guerra y hegemonía 1939-1943: Un aspecto de las relaciones chileno-norteamericanas”, en *Historia*, N° 23, Santiago, 1988, pp. 5-51; Joaquín Fernandois, *Mundo y fin de mundo. Chile y la política mundial. 1990-2004*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2005, pp. 145-172 y Rafaelle Nocera, *Chile y la Guerra. 1933-1943*, Santiago, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, colección Sociedad y Cultura, 2006, vol. XLI. También véase Michael J. Francis, *The Limits of Hegemony. United States Relations with Argentina and Chile during World War II*, Notre Dame/London, The University of Notre Dame Press, 1977.

⁵⁴ Nota de presentación al texto de González Alberdi, “El gobierno de Ramírez...”, *op. cit.*, p. 33.

⁵⁵ “Sobre el reconocimiento...”, *op. cit.*, p. 48.

Desde el Congreso, el senador comunista Carlos Contreras Labarca reforzó estas in-
vectivas:

“La clase obrera y el pueblo de Chile y las organizaciones políticas partidarias de la democra-
cia, sin distinción de ninguna especie, están alarmadas ante el giro que ha tomado la política
exterior del gobierno, que estorba los esfuerzos de Roosevelt y de la democracia americana a
favor de la unidad continental, y reclaman un cambio inmediato en el sentido de que Chile, en
vez de realizar una política de apaciguamiento que nos hace aparecer como cómplices de los
propósitos aventureros y agresivos del GOU, adopte una clara y firme actitud de cooperación
con todos los países del continente para la defensa de la democracia y el aniquilamiento del
foco nazi surgido en el país vecino”⁵⁶.

Las acusaciones del Partido Comunista apuntaron con especial fuerza en contra de
Conrado Ríos Gallardo, embajador en Argentina, quien fue acusado de dar a ese recono-
cimiento “el carácter de una ostensible manifestación de cooperación”⁵⁷. Con posterio-
ridad, en octubre de 1944, se le acusó de participar “en un mitin de los nazis argentinos
contra las Naciones Unidas”⁵⁸. Así, la exigencia de su renuncia se transformaría en una
bandera de lucha del Partido Comunista durante los meses siguientes.

Durante el año 1944, los parlamentarios comunistas cuestionaron las políticas del
canciller Joaquín Fernández, y lideraron en el Congreso una campaña destinada a exigir
de parte de la Cancillería una clara política de aislamiento del gobierno argentino. En
sus acusaciones, los parlamentarios comunistas pusieron un particular énfasis en denun-
ciar la acción de agentes de las potencias del Eje, espías y saboteadores, que se intro-
ducirían en América Latina a través de Argentina, y los peligros que representaría para
Chile la política exterior del Gobierno de la Revolución de Junio⁵⁹.

Como parte de la crítica a la política exterior chilena, cuestionaron los afanes de la
Cancillería y de algunos sectores políticos por buscar un tratado aduanero con Argen-
tina. Si bien reconocían que, en condiciones normales, la disminución de las barreras
arancelarias entre ambos países podría significar la entrada de alimentos más baratos,
demanda que ya era una bandera de lucha tradicional en las corrientes obreristas y de la
izquierda, sostuvieron que dicho intercambio afirmaría la posición de la dictadura argen-
tina, además de abastecer su industria bélica con productos mineros chilenos⁶⁰. En este
sentido, y de manera drástica, Juan Vargas Puebla propuso “el cese de todo intercambio
comercial con estos bandidos”⁶¹.

En medio de estos debates, los sectores de la opinión pública chilena que se mostraron
favorables al Gobierno de la Revolución de Junio fueron tildados por los comunistas

⁵⁶ 16ª Sesión ordinaria, 4 de julio de 1944, en Senado de Chile, *Boletín de Sesiones*, Santiago, 1944, p. 584.

⁵⁷ “Sobre el reconocimiento...”, *op. cit.*, p. 48.

⁵⁸ “Declaración de la Comisión Chilena de Solidaridad con el Pueblo Argentino” citada en Galo González,
“Con ardidés diplomáticos el GOU pretende ocultar su agresividad”, en *Principios*, N° 42, Santiago, diciem-
bre de 1944, p. 32.

⁵⁹ Lafferte, “El GOU...”, *op. cit.*, p. 23.

⁶⁰ “La cordillera libre favorece al GOU no a nuestro pueblo”, en *El Siglo*, Santiago, 9 de julio de 1944.

⁶¹ Juan Vargas Puebla, “Decisiones históricas del Congreso de la CTAL”, en *Principios*, N° 43, Santiago,
enero de 1945, p. 16.

de nazistas, y de “quinta columna” nazi en Chile. Especial encono tuvieron las denuncias contra aquellos parlamentarios que sostuvieron contactos con el gobierno argentino, ya fuese a través de viajes o de reuniones en la embajada en Santiago. Fue el caso de Enrique Cañas Flores, a quien se acusó de pertenecer al “sector pronazi del Partido Conservador” y Gustavo Vargas Molinare, a quien se le encaró su militancia “nacista”. Así también fueron llamados Juan Bautista Rossetti, Arturo Olavarría y el alcalde de Santiago Galvarino Gallardo Nieto⁶². Del mismo modo, los sectores de la política chilena, reacios a la ruptura contra Argentina, fueron motejados de “munichistas” y “apaciguadores”. Dicho término fue utilizado para caracterizar las políticas de la cancillería chilena⁶³.

En las fuentes comunistas cuando se mencionaba al “munichismo”, se hacía alusión al sector presente en los países aliados occidentales, vinculado a los sectores más “reaccionarios” del “capital imperialista”, que, reviviendo la estrategia de apaciguamiento del periodo antebélico, buscarían una paz pactada con el Eje y romper pronto la alianza con la Unión Soviética. En la prensa comunista dicha postura era mostrada en oposición a las directrices tomadas en Teherán y Yalta. Por extensión, se utilizaba para aquellos dispuestos a mantener vínculos con los gobiernos argentino y español, por lo que siguió siendo utilizado tras el fin de la Segunda Guerra Mundial⁶⁴.

Así, el diputado Natalio Berman insistía en que la postura de la Cancillería era una claudicación contra el fascismo y que se oponía a las resoluciones de los países aliados, al mismo tiempo que defendía la Política de Unidad Nacional, sostenida por el Partido Comunista:

“De la Conferencia de Teherán, que constituye una alianza militar entre el mundo capitalista y el mundo socialista, surge la política de unión nacional que propicia el Partido Comunista. La Unión Nacional agrupa a todos los sectores de la población para luchar con responsabilidad y firmeza contra el fascismo, por la afirmación de la Democracia y por la industrialización nacional del país. La Unión Nacional no acepta ninguna concesión de tipo munichista al fascismo. Es por ello que este día repetimos que nuestra actitud frente al GOU corresponde a la que han adoptado las cancillerías de Estados Unidos, Inglaterra, México y Cuba al anunciar su resolución de retirar sus misiones diplomáticas de Argentina para defender al continente de los propósitos bélicos del GOU, foco nazi de Buenos Aires”⁶⁵.

Siguiendo estas directrices, hacia el fin de la Segunda Guerra Mundial, la campaña de los comunistas se orientó a evitar la entrada del gobierno argentino en el nuevo orden internacional que surgiría con la posguerra. Con este fin, pugnaron para que la cancillería chilena mantuviese una postura contraria a la admisión del gobierno argentino en las conferencias internacionales en que participarían los países americanos y para que estas reforzaran las sanciones contra el Gobierno de la Revolución de Junio.

⁶² Lafferte, “El GOU...”, *op. cit.*, p. 23.

⁶³ *Ibid.*

⁶⁴ La noción de “munichismo” se encuentra desarrollada en numerosas publicaciones comunistas, en especial en la revista *Principios*, donde es tratada con mayor profundidad. Uno de los textos en que está mejor sintetizado es el de Vargas Puebla, “Decisiones históricas...”, *op. cit.*, p. 14.

⁶⁵ “De la Conferencia de Teherán surge la Unidad Nacional que propicia el P.C.”, en *El Siglo*, Santiago, 5 de julio de 1944.

Así, los comunistas chilenos mantuvieron una firme posición de rechazo en las discusiones que durante el último trimestre de 1944 suscitaron las invitaciones realizadas por el Ministerio de Relaciones Exteriores argentino para la realización de una “Conferencia de Cancilleres Latinoamericanos”. Dicha iniciativa, lanzada en octubre por el canciller argentino Orlando Peluffo, apuntaba a generar presión desde países latinoamericanos proclives a la integración de Argentina en las conferencias internacionales que estaban por venir⁶⁶. Si bien dicha tentativa no logró sus objetivos, sí generó un amplio debate en Chile. La postura de la cancillería chilena, aunque no mostró entusiasmo con la iniciativa, señaló que esta “se ajustaba ‘nominalmente’ a los usos y derechos de estos tratados internacionales y que desde este punto de vista debía considerarse”⁶⁷. Dicha posición fue rechazada por los comunistas. De este modo, Galo González señaló que “el pedido de una conferencia de cancilleres que ha formulado el canciller argentino Peluffo”, respondía a la aspiración de “dividir el continente; realizar su vieja ambición de aislar a los Estados Unidos y colocar a una parte de los gobiernos latinoamericanos bajo la hegemonía de los coroneles del GOU, en un bloque contrario a las Naciones Unidas”⁶⁸. Del mismo modo, los comunistas dieron publicidad a las declaraciones de “la Comisión Chilena de Solidaridad con el Pueblo Argentino”, presidida por Gabriel González Videla, la que consideraba:

“[...] inconveniente que se acceda al pedido de la dictadura fascista argentina, y solicitar, en cambio, que se intensifique el aislamiento internacional de ese foco nazi, al mismo tiempo que los ciudadanos y organizaciones libres de América ayudan a luchar al pueblo argentino contra su gobierno y reclaman la libertad de los presos políticos argentinos”⁶⁹.

La campaña comunista continuó con miras a la realización de la Conferencia Interamericana sobre Problemas de la Guerra y de la Paz, que tendría lugar en Chapultepec, México, entre fines de febrero e inicios de marzo de 1945. Con anterioridad a la conferencia, los dirigentes comunistas chilenos señalaron que la cancillería chilena y sus pares latinoamericanas debían tomar medidas condenatorias contra el régimen argentino, con el fin de ayudar a la lucha interna de la oposición argentina. Así, Juan Vargas Puebla sostuvo que la Conferencia de México “no debería obstaculizar con medidas de conciliación la tarea de los patriotas argentinos, sino que deberá facilitarla con medidas de aislamiento y sanciones contra el GOU”⁷⁰.

Tras la realización de la conferencia, la dirección del Partido Comunista de Chile realizó un balance marcado por el desencanto, el que, si bien reconocía que se había mantenido el aislamiento del régimen argentino, sostenía que no se habían tomado medidas drásticas contra este:

⁶⁶ *Ercilla*, N° 508, Santiago, 23 de enero de 1945, p. 7.

⁶⁷ *Ibid.*

⁶⁸ González, “Con ardides diplomáticos...”, *op. cit.*, p. 29.

⁶⁹ *Op. cit.*, p. 32. Profundizaremos en dicha organización en el cuarto apartado de este artículo.

⁷⁰ Vargas Puebla, “La Conferencia de México...”, *op. cit.*, p. 2.

“[...] la resolución de la conferencia de México contra el GOU no fue lo suficientemente dura para condenarlo [...] resultado de las maniobras puestas en práctica por representantes de regímenes antidemocráticos, dictatoriales, que aún subsisten en América, y que temían que de México hubiesen salido sanciones que hubiesen constituido un valioso aporte en la lucha del pueblo argentino contra el GOU”⁷¹.

La actitud de los comunistas se tornó abiertamente crítica ante los resultados de la Conferencia de San Francisco, que tuvo lugar en abril de 1945⁷². La admisión de Argentina en las Naciones Unidas, dictaminada en dicha conferencia, fue mostrada como un “triumfo del fascismo”. En palabras de Galo González, la entrada de Argentina habría sido obra de sectores “munichistas” y podía ser interpretada como una derrota para las pocas “delegaciones más consecuentemente antifascistas”, lideradas por la Unión Soviética⁷³. El mismo dirigente comunista, sostuvo:

“La admisión del Gobierno del GOU significó un duro golpe para la democracia, pues con él se permitió la entrada del caballo de Troya del fascismo. Esto ha sido tanto más grave por cuanto se hizo bajo el pretexto de soldar la unidad de las naciones americanas”⁷⁴.

⁷¹ Galo González, “Tareas prácticas frente a la Conferencia de México”, en *Principios*, N° 45-46, Santiago, marzo-abril de 1945, p. 4.

⁷² El senador comunista Carlos Contreras Labarca fue parte de la delegación chilena ante la Conferencia de San Francisco. En dicha delegación, fueron incluidos altos funcionarios de CORFO, altos oficiales de Fuerzas Armadas y se dio presencia a miembros del Congreso Nacional, teniendo en cuenta la diversidad de partidos políticos que tenían representación parlamentaria. Según Enrique Bernstein, en la delegación participaron “los senadores Miguel Cruchaga y Eduardo Cruz Coke (conservadores), José Maza (liberal), Gabriel González Videla (radical), Carlos Contreras Labarca (comunista) y los diputados Amilcar Chorrióni (radical), Enrique Alcalde (conservador), Alfonso Campos (liberal) y Cesar Godoy Urrutia (comunista)”. Véase Enrique Bernstein Carabantes, *Recuerdos de un diplomático*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1984, p. 83. La participación de Carlos Contreras, generó una importante controversia en el Partido Comunista, a quien se recriminó por no haber tenido una postura enérgica en público ante la decisión del canciller Joaquín Fernández de aprobar el ingreso de Argentina a las Naciones Unidas y no haber hecho lo suficiente para solidarizar con la delegación soviética, en la postura de dicho país en relación con el uso del derecho a veto en la organización. Esta situación quedó en evidencia en las críticas realizadas por Galo González a Carlos Contreras Labarca en el XIII Congreso del Partido Comunista de Chile, realizado en Santiago entre el 8 y el 15 de diciembre de 1945 y, con posterioridad, en su salida de la secretaría general del Partido para ser reemplazado por Ricardo Fonseca, en octubre de 1946. Estas incidencias se enmarcan en las críticas más profundas a la gestión de Carlos Contreras Labarca, cuya conducción fue acusada de Browderismo, y en la transición del Partido Comunista hacia una línea estratégica de Lucha de Masas. Al respecto, véase Carlos Contreras Labarca, *La lucha del Pueblo por la reorganización de Chile. Informe presentado ante el XIII Congreso Nacional del Partido Comunista en su Sesión Inaugural, Celebrada en el Teatro Caupolicán el 8 de diciembre de 1945, y texto de las resoluciones aprobadas*, Santiago, Ediciones Nueva América, 1946; Luis Corvalán, *Ricardo Fonseca. Combatiente ejemplar*, Santiago, Austral, 1971, pp. 160-169; Volodia Teitelboim, *Un hombre de edad media*, Santiago, Sudamericana, 1999, pp. 179-180, Jorge Rojas Flores, “Historia, historiadores y comunistas chilenos”, en Manuel Loyola y Jorge Rojas (editores), *Por un rojo amanecer. Hacia una historia de los comunistas chilenos*, Santiago, Impresora Valus S.A., 2000, p. 29; Damián Lo Chávez, *Comunismo rupturista en Chile (1960-1970)*, tesis para optar al grado de licenciado en Historia, Santiago, Universidad de Chile, Departamento de Ciencias Históricas, 2012, pp. 17-19.

⁷³ Galo González, “Las maniobras del fascismo para sobrevivir”, en *Principios*, N° 48, Santiago, junio de 1945, p. 27.

⁷⁴ *Ibid.*

Paulino González Alberdi, advertía, en un artículo publicado en la revista *Principios*, que la admisión a las Naciones Unidas de una Argentina gobernada por los militares de la Revolución de Junio era un triunfo de los elementos “munichistas”, compuestos por los “sectores más reaccionarios del capital financiero de Estados Unidos y Gran Bretaña y las oligarquías latinoamericanas”, que habrían maniobrado para romper la “unidad de acción entre esas dos potencias y la Unión Soviética”⁷⁵. Teniendo en cuenta la correlación de fuerzas de los sectores que permitieron el ingreso de Argentina a las Naciones Unidas, Ricardo Fonseca refrendó esta interpretación, sosteniendo que la admisión de Argentina habría sido producto de la acción del “capital inglés”, de “cierto sector del capital yanqui” y de “la actitud conciliadora y seguidista de las cancillerías latinoamericanas”⁷⁶.

Según Ricardo Fonseca, este hecho era un signo del agotamiento de la política de “Buena Vecindad” de Franklin Roosevelt, y del endurecimiento de la política exterior estadounidense bajo la administración Harry Truman. Para Ricardo Fonseca, “los sectores reaccionarios, pro nazis y enemigos de la política de Roosevelt, después de la muerte de éste”, habrían “aumentado la presión en torno al gobierno del presidente Truman, con vistas a cambiar la política exterior e interior, destruir la “Unidad de los Tres Grandes” y sabotear las decisiones de Crimea”⁷⁷.

Para los comunistas, la admisión del gobierno argentino en las Naciones Unidas significaba un revés en su línea estratégica de Unidad Nacional. A juicio de Paulino González Alberdi, “el camino trazado por Teherán y Yalta, en la Carta del Atlántico y en la Conferencia de México”, apuntaba a la creación de “gobiernos democráticos, de amplia unidad nacional, que comprendan desde conservadores progresistas a comunistas”. En Latinoamérica, dichos gobiernos deberían acometer la tarea de llevar adelante “una política económica progresista”, que mejorara “el desenvolvimiento económico de los países atrasados” y permitiera “el mejoramiento del nivel de vida de las masas”. Para ello requerirían la cooperación internacional, en el marco de una situación internacional basada “en la coexistencia durante un tiempo de una parte socialista del mundo con otra capitalista”⁷⁸.

La actuación de la Cancillería chilena fue severamente condenada desde el Congreso. En el Senado, Carlos Contreras Labarca lideró estas críticas sosteniendo:

“La clase obrera y el pueblo comprenden que nuestro país ha perdido en San Francisco una nueva oportunidad de servir con fidelidad a la causa de las Naciones Unidas. Nuestro gobierno, por su política exterior apaciguadora, vacilante, no está a la altura de sus grandes responsabilidades de esta etapa decisiva de la historia mundial [...] tampoco en la política interna nuestro gobierno satisface las aspiraciones de progreso, democracia y bienestar que alientan las fuerzas que lo eligieron y lo sostienen”⁷⁹.

⁷⁵ González Alberdi, “La postguerra y el peligro...”, *op. cit.*, p. 16

⁷⁶ Ricardo Fonseca, “Los últimos días del GOU”, en *Principios*, N° 52, Santiago, octubre de 1945, p. 22.

⁷⁷ Ricardo Fonseca, “Objetivos y proyecciones de la guerra antihitleriana”, en *Principios*, N° 48, Santiago, junio de 1945, pp. 22-23.

⁷⁸ González Alberdi, “La postguerra y el peligro...”, *op. cit.*, p. 16.

⁷⁹ Sesión 45ª especial, 10 de septiembre de 1945, en Senado de Chile, *Boletín de sesiones*, Santiago, 1944, p. 1484.

LOS COMUNISTAS CHILENOS Y LA MOVILIZACIÓN SOCIAL
CONTRA EL GOBIERNO DE LA REVOLUCIÓN DE JUNIO

Los comunistas promovieron una fuerte movilización social en contra del Gobierno de la Revolución de Junio y en apoyo a la oposición argentina. Así, a menos de un mes de haberse producido el golpe de Estado del año 1943, comenzaron a desarrollar, a través de la prensa, una labor de denuncia de los atropellos a las libertades públicas. En esta campaña se dio un fuerte énfasis a la difusión de noticias referidas a las persecuciones vividas por las organizaciones “ayudistas” proaliadas en Argentina, en el que se aprovechó de evidenciar el carácter fascista que se le achacaba al régimen. Del mismo modo, tanto desde las páginas de sus publicaciones de prensa como desde la tribuna del Congreso, denunciaron la prisión política de los dirigentes comunistas argentinos, con especial énfasis en la figura de Victorio Codovilla. Su detención y confinamiento a la Patagonia fueron evidenciados por *El Siglo*, levantándose una campaña favor de su liberación⁸⁰. En dicha campaña, los parlamentarios comunistas desarrollaron una notoria labor a través de su tribuna en el Congreso⁸¹.

En enero de 1944 se reforzó el énfasis de dichas campañas. Así, la Comisión Política del Partido Comunista hizo un llamado a la movilización con el fin de “intensificar la solidaridad de nuestro pueblo con el Argentino”. Los objetivos debían ser “luchar por la libertad” de “presos políticos y torturados” y por la “suspensión de relaciones diplomáticas con el gobierno de Farrell-Perón”⁸².

Como sostuvo el equipo editorial de la revista *Principios*:

“Es imprescindible, para salvar a Chile del desprestigio internacional, para no entorpecer la solución de los problemas nacionales, para asegurar nuestra frontera y nuestra democracia, redoblar la agitación por la ruptura de relaciones con el gobierno Farrell-Perón-Peluffo, tal como lo ha establecido la reciente Sesión Plenaria del CC del Partido Comunista. Al mismo tiempo, debe iniciarse una extraordinaria movilización por la libertad de los presos políticos de Argentina. En las circunstancias actuales, con un redoblamiento de la solidaridad internacional, puede obtenerse su libertad, que ya han conseguido algunos de entre ellos estos días, así como el cese de los malos tratos y las torturas. Comicios, manifestaciones, notas, telegramas, etc. Ningún esfuerzo debe ahorrarse hasta rescatar a los prisioneros del GOU y obtener una ruptura con éste”⁸³.

Hasta mediados del año 1944 se puso especial atención a la campaña en favor de la liberación del dirigente comunista argentino Victorio Codovilla⁸⁴, la que movilizó a la militancia comunista en sus diversos ámbitos, pasando desde los discursos parla-

⁸⁰ “Codovilla embarcado en Argentina con rumbo al Sur”, en *El Siglo*, Santiago, 4 de julio de 1943, p. 1.

⁸¹ Al respecto véanse los *Boletines de sesiones*, tanto del Senado como de la Cámara de Diputados, el primer semestre de 1944 y el segundo de 1945. Disponible en <http://historiapolitica.bcn.cl/> [Fecha de consulta: 15 de noviembre de 2013].

⁸² “Sobre el reconocimiento...”, *op. cit.*, p. 48.

⁸³ Nota de la Redacción al artículo “Se acerca el derrumbe del GOU”, en *Principios*, N° 39, Santiago, agosto-septiembre de 1944, p. 33

⁸⁴ “Sobre el reconocimiento...”, *op. cit.*, p. 48.

mentarios y los escritos de prensa a los actos de organizaciones estudiantiles y obreras. Su paso por Chile se transformó en un acontecimiento de primera importancia para los comunistas⁸⁵. Su llegada a Chile, luego de un año de cautiverio, fue celebrada con una concurrida recepción, y su liberación fue mostrada como el primer paso de una campaña más amplia por el fin de la prisión política en Argentina⁸⁶.

Un paso importante, en este sentido, fue la formación en el año 1944 de la Comisión Chilena de Solidaridad con el Pueblo Argentino, en cuya creación y organización la iniciativa comunista representó un papel fundamental. Se trataba de un comité encargado de coordinar acciones de repudio al Gobierno de la Revolución de Junio y organizar acciones de solidaridad con la oposición argentina. En dicho comité estaban representados de manera oficial los principales partidos de centro e izquierda del país, como eran el Comunista, Socialista de Chile, Socialista Auténtico, Democrático, Radical y la Falange Nacional. También participaron en dicha comisión, a título personal, algunas personalidades de los partidos de derecha, Liberal y Conservador. Las organizaciones gremiales y sindicales también tuvieron presencia oficial en el comité, destacándose la participación de la Central de Trabajadores de Chile y la Federación de Educadores⁸⁷. De este modo, la movilización contra el Gobierno de la Revolución de Junio se transformó en un factor que servía para reforzar los lazos y las identidades comunes entre los sectores con los que el Partido Comunista pretendía mantener alianzas en su política de Unidad Nacional.

La movilización generada en contra del Gobierno de la Revolución de Junio no se redujo a la convocatoria a otros partidos políticos, sino que, también, tuvo una importante inserción social. Esta se hizo notar fundamentalmente en dos actores: entre los sectores obreros, en especial donde los comunistas tenían mayor presencia, como eran la minería del carbón y del salitre, y entre el mundo académico-intelectual y estudiantil.

A través de sindicatos en los cuales tenía presencia, el Partido Comunista realizó acciones de solidaridad con la oposición argentina y de repudio a la dictadura movilizándolo a sectores obreros. Estas fueron desde notas de apoyo a la oposición argentina y cartas y telegramas a la Presidencia de la República, solicitando cambiar las orientaciones de la política chilena hacia Argentina, hasta paralizaciones de actividades.

Estas últimas se hicieron notorias en las zonas salitreras y en particular en las carboníferas, como fue el caso de Lota, donde grupos obreros y estibadores detuvieron los embarques de materias primas destinadas a Argentina, aduciendo que alimentarían la industria bélica de la dictadura argentina⁸⁸.

Estas iniciativas contaron con el apoyo de sindicatos socialistas y, en general, de todos los sectores agrupados bajo la Central de Trabajadores de Chile. Su presidente,

⁸⁵ "Codovilla", en *El Siglo*, Santiago, 21 de mayo de 1944.

⁸⁶ "Bienvenida y saludo a Victorio Codovilla", en *Principios*, N° 35, Santiago, junio de 1944.

⁸⁷ Galo González, "Con ardides diplomáticos...", *op. cit.*, p. 29. Es interesante destacar la postura que manifestó Salvador Allende, quien se opuso al reconocimiento del Gobierno de la Revolución de Junio y manifestó que dicha posición debía hacerse extensiva a todas las dictaduras en América Latina. Véase Alamiro Castillo, "El P.S. Saldrá a la Calle a recuperar el triunfo del 25 de octubre para el pueblo", en *Ercilla*, N° 442, Santiago, 20 de octubre de 1943, p. 3.

⁸⁸ Fonseca, "Los últimos días...", *op. cit.*, p. 24.

el socialista Bernardo Ibáñez, pese a que en ese entonces vivía importantes conflictos con el Partido Comunista que llevarían a la división de la Central Sindical, apoyó las medidas de protesta y consideró al “reconocimiento de Farrell como un craso error de Cancillería”⁸⁹. Juan Vargas Puebla, dirigente del Partido Comunista y miembro del Comité Directivo de la Central de Trabajadores de Chile, se hizo parte en varias concentraciones de denuncia contra el régimen argentino, apelando a la solidaridad internacionalista obrera ante las persecuciones que estarían sufriendo los trabajadores argentinos. Como sostuvo una nota de la revista *Ercilla*, Juan Vargas “calificó al actual gobierno argentino como nazi, se refirió en especial a las persecuciones contra la clase obrera, y sus dirigentes, a la actitud de provocación guerrera del GOU al peligro inmediato para nuestro país y el Continente que representaba”⁹⁰.

El Partido Comunista también adhirió e hizo una fuerte propaganda a la convocatoria de la Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL) para realizar un paro continental de actividades, “en solidaridad con la lucha del pueblo argentino”, el día 25 de enero de 1945⁹¹. Según la prensa comunista, la paralización de actividades habría sido un éxito. A tono con la política de Unidad Nacional y la búsqueda de alianzas amplias, la prensa comunista sostuvo que este paro recibió el apoyo de algunos sectores patronales progresistas. Al mismo tiempo que reclamó contra la falta de apoyo del gobierno, destacó cómo:

“Numerosas empresas, aquí, en Chile, algunas tan importantes como la Chilena de Electricidad y la del mineral de Sewell, llegaron a acuerdos con sus obreros para la realización del paro. Entre los industriales chilenos, inclusive entre los dueños y administradores de fundos trabajados en forma progresista, entre comerciantes, etc. Fueron numerosos los casos de acuerdo con los obreros para el paro antinazi”⁹².

Otro sector cuya presencia marcó fuertemente las movilizaciones fue el de los académicos, intelectuales y estudiantes universitarios. Las redes y organizaciones de este sector social, que ya se venían movilizandando contra el nazismo en el marco de la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial, desarrollaron actos y declaraciones de condena a la dictadura argentina. Fue el caso de la Alianza de Intelectuales, que participó en la mayor parte de los actos contra el régimen argentino⁹³. En los actos contra el Gobierno de la Revolución de Junio se movilizaron profesores universitarios, estu-

⁸⁹ “Ibáñez defiende la CTCH, vino de Uruguay y se irá a Londres”, en *Ercilla*, N° 567, Santiago, 15 de marzo de 1946, p. 5.

⁹⁰ “Intelectuales y CTCH Condenaron al GOU en acto de homenaje al pueblo argentino ayer”, en *El Siglo*, Santiago, 10 de julio de 1944.

⁹¹ Vargas Puebla, “Decisiones históricas...”, *op. cit.*, p. 14.

⁹² Vargas Puebla, “La conferencia de México...”, *op. cit.*, pp. 22-23.

⁹³ La Alianza de Intelectuales en Defensa de la Cultura, usualmente llamada Alianza de Intelectuales, fue fundada el 7 de noviembre de 1937, instalando filiales en Iquique, Antofagasta, Concepción y Temuco. En dicha agrupación participaron personalidades del mundo artístico-intelectual como: Pablo Neruda, Pepita Turina, Oreste Plath, Juvencio Valle, Francisco Coloane, Andrés Sabella, Hernán del Solar, Julio Barrenechea, Ángel Cruchaga Santa María y Alberto Romero, entre otros. Véase Adrián Celentano, “Ideas e intelectuales en la formación de red sudamericana antifascista”, en *Literatura y lingüística*, N° 17, Santiago, 2006, pp. 195-218.

diantes organizados en la FECH, organizaciones femeninas e intelectuales destacados, tanto extranjeros como radicados en Chile. En un partido cuya dirigencia era aún de una extracción predominantemente obrera, y que todavía no contaba con una gran cantidad de cuadros intelectuales, el antifascismo, expresado en esta ocasión en la lucha contra el Gobierno de la Revolución de Junio, servía para acercar intelectuales a las causas partidarias.

Un ejemplo de esta situación fue un acto de solidaridad con los profesores universitarios argentinos exonerados por la dictadura, realizado el 28 de octubre de 1943 en la Universidad de Chile. En dicha ocasión actuaron como oradores Alejandro Lipschutz, académico y científico comunista; Bernardo Leighton, político falangista; Ana Ugalde, estudiante radical; Luis Alberto Sánchez, intelectual y político aprista peruano, y Carlos Diemer, presidente de la FECH, de filiación radical⁹⁴. Como puede observarse, la composición del acto reflejaba la amplitud del arco de las fuerzas “antifascistas” que se pretendía movilizar.

Tal como los discursos de los trabajadores apelaban a la represión que habría vivido el movimiento obrero en Argentina, los discursos intelectuales señalaban las violaciones a la autonomía universitaria y las arbitrariedades con los académicos y estudiantes opositores en que dicho régimen habría incurrido.

Así lo expuso Julio Arriagada, vicepresidente de la Alianza de Intelectuales, quien en un “acto de homenaje al pueblo argentino”, al pie de la estatua de José de San Martín:

“Se extendió en consideraciones sobre la situación por la que actualmente atraviesa el pueblo hermano, privado de la libertad por la que lucharon sus próceres, sintetizó los peligros que significaba para la cultura general la existencia de un gobierno que no respeta los más elementales principios del derecho y que no tiene escrúpulos en quemar libros, encarcelar a intelectuales, pensadores, en expulsar de sus cátedras a sus más esclarecidos investigadores y profesores⁹⁵.

No es de extrañar que, siguiendo dicha tónica, la prensa comunista haya dado una amplia cobertura a las huelgas y movilizaciones universitarias⁹⁶. En todo caso, y en cierto modo a tono con las propias actitudes de importantes sectores de la oposición argentina, el discurso de los comunistas también denunció el carácter antiintelectual que habría tenido el régimen.

En efecto, la asociación entre fascismo y “barbarie” se hizo presente en la lectura que los comunistas chilenos hicieron del Gobierno de la Revolución de Junio. Así quedó en evidencia en el discurso que Alejandro Lipschutz realizó en el acto de la Universidad de Chile:

⁹⁴ “Dice Holt Maldonado: el ataque comunista no tiene base. No soy partidario de Ramírez”, en *Ercilla*, N° 444 Santiago, 3 de noviembre de 1943, p. 7.

⁹⁵ “Intelectuales y CTCH condenaron al GOU en acto de homenaje al pueblo argentino ayer”, en *El Siglo*, Santiago, 10 de julio de 1944.

⁹⁶ “Apoyo Continental a la huelga de los estudiantes argentinos”, en *El Siglo*, Santiago, 1 de septiembre de 1943 y “Sufrimientos y esperanzas de la juventud argentina”, en *El Siglo*, Santiago, 2 de septiembre de 1943.

“Al lado de las noticias de la lucha titánica en los campos de Batalla, encontramos las noticias sobre el establecimiento de un nuevo orden en Argentina. El aparato sudamericano tradicional de los pronunciamientos militares que nos preparábamos a enterrar para siempre, puesto de nuevo en escena, y lo que es aún peor, puesto en escena con todas las recientes adquisiciones del teatro político nazista: miles de libros devorados por las llamas de la hoguera; prohibición de diarios y cierre de asociaciones de beneficencia de ciudadanos argentinos leales a su patria, mientras que gozan de libertad los diarios y sociedades nazistas financiados por un Gobierno extranjero, es decir, por Alemania: encarcelamiento de prominentes intelectuales y políticos sospechosos de ser demócratas”⁹⁷.

El discurso de los comunistas chilenos tendió a reproducir, en pleno siglo XX, una visión dicotómica, cuya raigambre se engarzaba en el liberalismo decimonónico, sobre una historia argentina en que se enfrentarían las fuerzas de la civilización y la barbarie⁹⁸. En varias ocasiones, discursos de políticos e intelectuales comunistas hicieron paralelos entre el Gobierno de la Revolución de Junio y la dictadura de Juan Manuel de Rosas, al mismo tiempo que reivindicaron a figuras de la tradición liberal argentina, como Juan Bautista Alberdi y, en especial, a Domingo Faustino Sarmiento. Así lo expresó Volodia Teitelboim, en un artículo publicado en *El Siglo*, bajo el título de “Sarmiento y la Libertad”:

“Hoy los espadones de la ignorancia continental, que se han trepado al poder en Argentina, llaman a Sarmiento ‘mulato jetón y rencoroso’. Y si, como expresó el gran poeta Raúl González Tuñón, ‘Sarmiento está preso en su patria, también es verdad que se acerca el momento en que la libertad salga de los calabozos, vengadora y poderosa’”⁹⁹.

La representación del Gobierno de la Revolución de Junio como una continuidad de la dictadura rosista fue acompañada de denuncias sobre la exaltación de esta y del periodo colonial que se estarían llevando adelante en los planes educativos. En efecto, el giro católico-conservador que estaba tomando la educación escolar en Argentina, y la creciente influencia de las interpretaciones historiográficas revisionistas, generaban escozor en un mundo político intelectual ilustrado y marcado por el antifascismo¹⁰⁰. Según Elias Lafferte, el GOU “intervino las universidades; encargó de la enseñanza en todas

⁹⁷ “Dice el sabio Lipschutz: Se juega en la Argentina el futuro de nuestra América. Su discurso de ayer en la Universidad”, en *El Siglo*, Santiago, 29 de octubre de 1943.

⁹⁸ Los acercamientos entre el marxismo y la tradición liberal, a raíz del antifascismo, han sido tratados para el caso argentino por Ricardo Pasolini, *Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013.

⁹⁹ Volodia Teitelboim, “Sarmiento y la libertad”, en *El Siglo*, Santiago, 3 de octubre de 1943. Sobre las disputas culturales generadas en Argentina en torno a la apropiación política de la figura de Domingo Faustino Sarmiento véase Beatriz Figallo, “Sarmiento y el primer peronismo. Entre las imágenes y las conmemoraciones. Los proyectos de nación”, en *Temas de historia argentina y americana*, N° 18, Buenos Aires, 2011, pp. 15-45.

¹⁰⁰ Sobre la creciente influencia de la religiosidad en el sistema educativo bajo el Gobierno de la Revolución de Junio véase Loris Zanatta, *Perón y el mito de nación católica. Iglesia y ejército en los orígenes del Peronismo*, Buenos Aires, EDUNTREF, 2013, pp. 123-136. Algunos de estos aspectos también son tratados por Mariano Ben Plotkin, *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*, Buenos Aires, EDUNTREF, 2007, pp. 147-217.

las ramas a nazis y pro nazis conocidos, que deben ‘destruir’ las tradiciones democráticas y exaltar la dominación de la monarquía española, la dictadura de Rosas y preparar la psicosis de guerra”¹⁰¹.

Así, el rechazo al Gobierno de la Revolución de Junio se enmarcó en un repudio más grande al hispanismo, que se hizo presente en las movilizaciones estudiantiles. Esta situación quedó en evidencia el 20 de agosto de 1944, cuando un grupo de ciento cincuenta estudiantes de orientación “tradicionalista” e “hispanista”, de las universidades de Chile y Católica, realizaron una “ceremonia de confraternidad chileno-argentina” ante los monumentos de Bernardo O’Higgins y José de San Martín. Ante dicho evento, se organizó una contramanifestación liderada por jóvenes del Partido Comunista, el Partido Socialista y la Falange, la que derivó en una riña con heridos y detenidos, entre ellos la joven Ramona Parra¹⁰². La contramanifestación tuvo un evidente signo antifascista. De hecho los gritos de los contramanifestantes apuntaban a señalar a los jóvenes hispanistas como “fascistas”, “pitucos pro-nazis” y “agentes del GOU”¹⁰³.

El rescate de la tradición liberal se asociaba a otro tópico, referido a como el comunismo chileno y el mundo cultural asociado a este desarrollaron una lectura de la “política mundial” que llevaba a conceptualizar los fenómenos políticos latinoamericanos desde un prisma global occidental¹⁰⁴. Así, los asuntos nacionales latinoamericanos tendieron a ser analizados como reproducciones locales del que era el gran conflicto mundial para los comunistas: la pugna entre fascismo y antifascismo¹⁰⁵. En este sentido, y en abierta contradicción con las corrientes indoamericanistas presentes en sectores de la izquierda latinoamericana, las publicaciones doctrinarias del comunismo chileno explicitaron que la realidad latinoamericana no podía ser interpretada al margen de la situación política europea:

¹⁰¹ Lafferte, “El GOU...”, *op. cit.*, p. 21.

¹⁰² Ramona Parra (1926-1946), fue una militante de las juventudes comunistas, trabajadora y estudiante de contabilidad, que murió tras ser baleada por Carabineros en una manifestación realizada en plaza Bulnes, Santiago, el 28 de enero de 1946. Tras su muerte su figura se transformó en un modelo para la militancia juvenil comunista. Las brigadas muralistas del Partido Comunista, creadas en la década de 1960 llevan el nombre de Brigadas Ramona Parra en su honor: JLC, “Ramona Parra. ‘Nos matarán a nosotros, pero vendrán muchos más’”, en *El Siglo*, Santiago, 8 al 14 de febrero de 2013.

¹⁰³ “El domingo hubo boche estudiantil”, en *Ercilla*, N° 487, Santiago, 22 de agosto de 1944, p. 7. El término ‘pituco’ es un chilenuismo utilizado para referirse a una “persona afectada y de clase acomodada”. Véase Pedro Lira Urquieta, *Estudios sobre vocabulario*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1973, p. 124.

¹⁰⁴ Según Joaquín Fermandois se trataría de un rasgo de la cultura política chilena. Véase Fermandois, *Mundo y fin...*, *op. cit.*, pp. 15-18 y Joaquín Fermandois, “La internacionalización de la historia internacional”, en Fernando Purcell y Alfredo Riquelme (editores), *Ampliando miradas. Chile y su historia en un tiempo global*, Santiago, RIL Editores-Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Historia, 2009, pp. 29-31. Dicha característica, que se encontraba muy marcada en el Partido Comunista, es contrastable con el nacionalismo latinoamericanista, presente en los primeros tiempos del Partido Socialista. Al respecto véanse los trabajos ya citados de Paul Drake, Olga Ulianova y Fabio Moraga.

¹⁰⁵ Para el caso argentino, estudiado a través de las revistas *Argentina Libre* y *Antinazi*, Andrés Bisso sostiene que con el ingreso de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial se inauguró “una marcada política antifascista en clave panamericana y pro-estadounidense, que silenciaría cualquier voz que se levantara hacia algo parecido a una política latinoamericanista, por suponerla opuesta a los fines de la lucha aliada”. Véase Andrés Bisso, “Argentina Libre y Antinazi dos revistas en torno de una propuesta político cultural sobre el antifascismo argentino. 1940-1946”, en *Temas de Nuestra América*, N° 47, vol. 1, Heredia, Costa Rica, 2009, p. 75.

“Lo que ocurre en Europa no es indiferente para América Latina. Contrariamente a las teorías reaccionarias y a los argumentos “nacionalistas” o “americanistas” de ciertos demócratas al estilo de Haya de la Torre, que pretende desligar la marcha democrática de nuestro continente de las ideas y experiencias “extranjeras”, es obvio que los acontecimientos europeos son y deben ser el mejor estímulo y la mejor guía para impulsar el progreso de los países latinoamericanos. Hoy día cuando esos lazos son más estrechos, como consecuencia de la nueva configuración política del mundo a la que ha dado lugar esta guerra y que ha tenido expresión en la organización de las naciones unidas, la influencia de los acontecimientos de Europa en nuestro continente –que no es solo necesaria sino que es inevitable- contribuirá , antes que nada, a liquidar nuestra posición de atraso y permitirá a nuestros países ponerse a tono con la nueva situación mundial llevando a término, en primer lugar, a la revolución democrático burguesa”¹⁰⁶.

REFLEXIONES FINALES

Dada la caracterización que habían realizado del Gobierno de la Revolución de Junio, no es de extrañar que los comunistas chilenos se vieran sorprendidos por el ascenso del peronismo. Así, a mediados de octubre de 1945, con las movilizaciones opositoras que tuvieron lugar en Argentina, *El Siglo* sostenía que la caída del Gobierno de la Revolución de Junio era inminente¹⁰⁷. En este sentido, las masivas manifestaciones obreras peronistas que tuvieron lugar el 17 de octubre de 1945 en Buenos Aires, que evitaron el derrumbe del gobierno y permitieron el retorno de Juan Domingo Perón a la arena política, fueron representadas como una farsa montada por el aparato represivo peronista, que habría forzado a los obreros a movilizarse mediante métodos violentos. Las descripciones realizadas por *El Siglo* fueron gráficas, sosteniendo que la movilización se habría “impuesto”, por “los fascistas”, mediante “el sabotaje y el terror”. Así, mostraban como “armados, los peronistas presionan a los obreros”, “mientras bandas nazis aterrorizan a los obreros, la policía está acuartelada”¹⁰⁸.

Ante dichas movilizaciones, y durante la campaña presidencial con miras a las elecciones que tendrían lugar el 24 de febrero de 1946, que enfrentó a Juan D. Perón contra el candidato de la Unión Democrática José Tamborini, los comunistas chilenos apoyaron la fuerte participación en el debate político argentino que tuvo el embajador de Estados Unidos en Argentina, Spruille Braden, el que, en opinión de Ricardo Fonseca, se habría “transformado en el diplomático más querido y aplaudido por su valerosa actitud en defensa de la democracia”¹⁰⁹.

En este sentido, el triunfo del peronismo en las elecciones de 1946 fue reconocido de manera tardía, e interpretado como un triunfo de la “demagogia”, que habría canalizado el descontento social. Así lo sostuvo Ricardo Fonseca en un discurso pronunciado el 19 de marzo de 1946 ante la Asamblea Radical:

¹⁰⁶ Pith, “La marcha hacia el mundo mejor en Perú, Brasil y Argentina”, *Principios*, N° 40, Santiago, agosto de 1945, p. 12.

¹⁰⁷ “Farrell es obligado a renunciar”, en *El Siglo*, Santiago, 13 de octubre de 1950.

¹⁰⁸ “Mediante el sabotaje y el terror los fascistas impusieron a Perón”, en *El Siglo*, Santiago, 18 de octubre de 1945.

¹⁰⁹ Fonseca, “Los últimos días...”, *op. cit.*, p. 24.

“La crisis que actualmente sufre la estructura económica de los países latinoamericanos ha determinado en la vecina república una gran movilización del pueblo por encontrar el cauce para satisfacer sus necesidades. Los enemigos de la democracia emplean todas las formas de lucha, del disimulo y del engaño para capitalizar este movimiento siempre creciente de descontento popular”, para luego sostener que las condiciones difíciles en que los partidos democráticos debieron operar por abrirse paso a la libertad, consiguiendo garantías solo a dos meses antes de las elecciones, tiempo insuficiente para esclarecer el papel demagógico realizado por el peronismo”¹¹⁰.

La actitud del comunismo chileno ante el ascenso de Juan D. Perón solo puede entenderse si tenemos en cuenta que entre 1943 y 1946 los comunistas chilenos realizaron una lectura del proceso político argentino desde el prisma del antifascismo, considerando al Gobierno de la Revolución de Junio y a los orígenes del peronismo como fenómenos de carácter fascista.

Al publicitar dicha interpretación, actuaron como difusores y divulgadores de los planteamientos de sus compañeros argentinos, con quienes actuaron en consonancia. En este sentido, los comunistas sostuvieron que dicho régimen habría sido la expresión de los sectores más reaccionarios de la “oligarquía”, que, amparados en la capacidad represiva de los militares filofascistas y en recursos demagógicos, habrían movilizado los trabajadores con menos conciencia de clase.

De la misma manera, señalaron que el peronismo habría sido un mecanismo de penetración del Eje en América Latina, destinado, primero a ralentizar el esfuerzo de guerra aliado, generando un “foco diversionista” en el hemisferio occidental, y luego a amparar a los criminales de guerra y los capitales del Eje. De este modo, franquismo y peronismo fueron considerados como movimientos aliados y similares por tratarse de remanentes fascistas en el mundo de posguerra.

Este análisis derivó en una actitud crítica hacia la política exterior chilena, a la que se acusó de “apaciguadora” ante la “amenaza” argentina”. Al mismo tiempo, se expresó en fuertes movilizaciones sociales en solidaridad con la oposición argentina, en las que destacaron las actuaciones de obreros, intelectuales y estudiantes. En el ámbito intelectual, dio pie a la difusión de una lectura de la historia argentina teñida de tópicos liberales, que reivindicaba figuras de la tradición liberal de dicho país, y veía en el peronismo la continuación de una tendencia a la “barbarie” rosista, colaborando en la generación de polémicas culturales con las corrientes intelectuales antiliberales, especialmente hispanistas.

A través del caso del Gobierno de la Revolución de Junio, podemos adentrarnos en la observación de las divergencias entre un partido de izquierda de raigambre marxista y universalista, como era el Partido Comunista de Chile, y los movimientos nacional

¹¹⁰ “Pueblo argentino se prepara para librar nuevas batallas”, en *El Siglo*, Santiago, 20 de marzo de 1946. En este sentido, los comunistas chilenos seguían líneas similares a las de los pares argentinos. Silvana Staltari muestra como el Partido Comunista argentino analizó “en clave de demagogia social las políticas del peronismo” para explicar su derrota electoral y la capacidad de movilización social del peronismo. Véase Silvana Staltari, *Los falsos apóstoles contra la demagogia peroniana: El Partido Comunista frente a la política social del Peronismo*, tesina para optar al grado de licenciada en Historia, Universidad Nacional Tres de Febrero, Buenos Aires, 2012, p. 2. También véase Carlos Altamirano, *Bajo el signo de las masas, 1943-1973*, Buenos Aires, Emecé Editores, 2007, apéndice documental, p. 92.

populares que estaban emergiendo en diversos países latinoamericanos. En este sentido, el caso que hemos estudiado resalta la necesidad de considerar al antifascismo como un elemento relevante en la política latinoamericana y un factor a tener en cuenta al momento de comprender su historia. El antifascismo unió a un amplio arco de actores políticos con miras a objetivos comunes, en torno a los cuales generaron organizaciones e instancias de movilización que convocaron a otros actores sociales. La apelación al antifascismo se convirtió en una estrategia política con una alta capacidad de persuasión y convocatoria, pero al mismo tiempo generó efectos en los discursos y las prácticas de los actores que lo invocaron, colaborando en la creación de un imaginario común marcado por un relato épico de la resistencia antifascista, desde el cual interpretaron la situación latinoamericana. Así, para una parte relevante de los actores políticos e intelectuales latinoamericanos, la lucha contra el fascismo era un conflicto que también se estaba dirimiendo en América Latina. De este modo, queda en evidencia la necesidad de comprender las reflexiones y actuaciones de dichos actores en el ámbito local, a la luz de las categorías y conflictos de la política mundial.